CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

ROBOTS EN EL PANTANO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

715 — 10. Satélite de castigo, Ralph Barby.
716 — Agonía de un planeta, Ralph Barby.
717 — Puertas al infinito, Clark Carrados.
718 — Los androides no sangran, Ralph Barby.
719 — Booman y los alienígenas, Kelltom Mclntire.

RALPH BARBY

ROBOTS EN EL PANTANO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. ° 720
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02525-0
Depósito legal: B. 28.389-1984
Impreso en España - Printed in Spain
2.a edición en esta colección en España: agosto, 1984
2. a edición en esta colección en América: febrero, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

—Capitán, todo está dispuesto para el abordaje.

El capitán Clemans, sentado en el puente de mando de su nave espacial interestelar, dijo:

—Muchachos, no podemos fallar. Nuestro objetivo viaja por el espacio sin rumbo ni control. Como dirían nuestros marinos terrestres, va al garete por avería total de su computadora de control. Como todos saben se trata de una nave *chárter* para periplos turísticos interplanetarios, pero por su capacidad de radio de acción, no están preparadas para salir del sistema solar, fuera del cual nos hallamos. Nuestra misión es pasar a la nave, ver de controlar la avería y, en caso de no poder, rescatar a los pasajeros y llevarlos a la base central de Marte, desde donde serán regresados a sus puntos de origen. Teniente Novell...

—Capitán.

—Usted se encargará del puente de mando mientras yo paso a la *chárter*.

—Bien, capitán —aceptó Novell, que, pese a ser teniente, tenía diez años más que el capitán Clemans, comandante de la «Urano X-5».

—Capitán, todo intento de comunicarnos con la *chárter* resulta inútil. No hay imagen en pantalla ni siquiera sonido —advirtió el controlador de telecomunicaciones.

El capitán Clemans pulsó una tecla de su intercomunicador y llamó:

—Teniente Takeo, responda.

—Aquí teniente Takeo, oficial de mantenimiento.

—Teniente Takeo, prepárese para formar parte del grupo de abordaje de nuestra nave objetivo. Lleve el detector sensorizador.

—En cinco minutos estaré en la cámara de descompresión.

—Allí nos encontraremos. —Cambió la tecla del intercomunicador y volvió a llamar—: Sargento Lumba.

—Sargento Lumba a la escucha.

—Prepárese para el abordaje de nuestra nave objetivo. En cinco minutos preséntese en la cámara de descompresión.

—Sí, capitán, allí estaré.

Cambió la tecla y volvió a llamar:

—Doc, ¿me escucha?

—Sí, Clemans, le oigo perfectamente.

—Vamos a hacer un abordaje a esa *chárter* perdida en el espacio y de la que poco sabemos, ya que no funcionan sus sistemas de telecomunicación. Tenga la enfermería lista por lo que pueda suceder. Ignoramos si encontraremos a personas indemnes, heridas o desgraciadamente muertas. Las órdenes de la Tierra han sido muy lacónicas. Debemos salvar a esa nave *chárter* que se ha perdido en el espacio y que hemos hallado, pero la distancia que nos separa de nuestro planeta es tan grande, que no hay forma de mantener un diálogo. Nos hallamos a más de catorce mil millones de kilómetros, y cada mensaje que nosotros mandemos o ellos nos envíen tardaría algo más de diez horas y cuarenta minutos. Sólo el intercambio de una frase por nuestra parte y otra por parte de la Tierra requiere un tiempo de casi veintidós horas, por lo que debemos actuar por nuestra cuenta y riesgo.

—Tendré la enfermería preparada, Clemans, pero me temo que esa nave *chárter* interplanetaria ya no albergará vida. Está a más del doble de su radio de acción tope.

—Siempre queda una esperanza, doc. Además, hay que redactar el informe para la Tierra sobre lo sucedido a la *chárter*.

El capitán Clemans cortó la comunicación y abandonó su butaca de mando.

La teniente Katievna, oficial de *hábitat* e intendencia de a bordo, se acercó a él. Ambos eran jóvenes, aunque la mujer tenía algunos años menos que el alto y gallardo capitán astronauta de abundante cabello cobrizo y ojos ámbar.

Ella era morena, algo más baja que él, pero también esbelta y dotada por la naturaleza de unas formas muy atractivas que la mujer no se preocupaba lo más mínimo de realzar.

—¿Crees que tendremos invitados a bordo?

—Lo ignoro, quizá sólo haya cadáveres que encontrarán su tumba en el espacio, pero hay que agotar todas las posibilidades. Espero que haya suficiente comida en nuestra nave por si vienen muchos invitados.

—La habrá, suelo ser muy previsora.

—Katievna, eres una mujer maravillosa, lástima que seas tan matemática y que creas tan poco en las funciones biosensoriales de

los humanos.

—Me considero una buena astronauta y algo científica. Creo que la hembra animal quedó muy atrás en la historia, casi desapareció en el momento en que se inició la conquista del espacio — replicó altiva.

—Eres una feminista fanática y la verdad es que eres muy linda.

—Un ser humano, sea mujer u hombre, no puede medirse por su físico, sino por su inteligencia y capacidad.

Clemans se encogió de hombros.

—Sigo pensando que es una lástima. A mí, la belleza femenina me gusta y mucho.

—Con todos los respetos, ya que eres el comandante de la «Urano X-5», te diré que gozas de una reputación que en nada te favorece.

—¿Una reputación que en nada me favorece? —repitió irónico.

—Sí, se te conocen muchas historias amorosas y eso, a estas alturas, resulta bastante prehistórico.

—¡Teniente Katievna! —interpeló súbitamente imperativo.

La bella teniente, que poco se preocupaba de su cabello y de su atuendo, pues aunque usaba el uniforme que le correspondía a su anatomía para hacerla resaltar, se irguió diciendo:

—Así está mejor, capitán Clemans. Ocupa ahora el lugar que le corresponde.

Suavizando su tono, el comandante de la nave observó:

—Sería gracioso que salieras masoquista.

Molesta, la mujer se separó de él. El capitán la vio alejarse, sonrió y por último encaminó sus pasos hacia la cámara de descompresión.

En la antesala del espacio se encontró con el teniente Takeo y el sargento Lumba. Ambos vestían ya sus respectivos trajes de supervivencia espacial. El teniente Takeo, con sus ojos oblicuos, le interrogó:

—¿Encontraremos algo? He oído que esa nave no tiene señal de vida alguna.

—Lo ignoro, teniente. Ahora lo averiguaremos.

El capitán Clemans vistió su traje espacial y preguntó al sargento negro Lumba:

—¿Listos?

—Sí, capitán.

Pulsó el botón y la puerta se cerró automáticamente. La nave

absorbió todo el aire de la cámara y cuando estuvo vacía, se encendió el piloto verde. Apretó otro botón y se abrió la puerta que daba al vacio.

A través de los cristales de sus cascos protectores, pudieron ver la nave *chárter*.

Se hallaba a babor, ligeramente a popa de la «Urano X-5» y su tamaño era una décima parte de la nave comandada por el capitán Clemans.

Podían leerse claramente las siglas de la compañía espacial privada a la que pertenecía

—No se aprecia ningún daño externo —observó el teniente Takeo por el intercomunicador de su casco.

—Iremos hasta la nave con los retrocohetes. Usted, teniente, sitúese en la puerta y aguarde allí. Usted, sargento, examine toda la proa hasta la mitad del fuselaje. Yo haré lo propio con la popa y los tres nos reuniremos en la puerta.

Los dos asintieron y pronto se apartaron de la «Urano X-5» para salvar el espacio que les separaba de la nave perdida.

Impulsados por los autorretrocohetes que portaban a las espaldas, llegaron a ella sin dificultad alguna. La nave de rescate había fijado su velocidad a la par con la *chárter*.

Todas las ventanas de la nave que daban al exterior estaban cerradas con los paneles de hiperacer-plástico en prevención de cualquier choque con los meteoritos y ello impedía ver su interior.

Clemans comprobó que en la zona de popa, la *chárter* no parecía sufrir daño alguno. Sus motores estaban fríos, posiblemente desde hacía mucho tiempo.

Los tres se encontraron en la puerta. Ninguno de ellos había visto nada que pudiera ser anormal.

—¿Entramos, capitán?

—Sí, teniente. Voy a pulsar la apertura de salvamento.

Introdujo la llave internacional para salvamento de naves espaciales en la pequeña cerradura. Se levantó la tapa de cuatro por cuatro pulgadas y apareció un botón rojo que el índice del capitán pulsó sin vacilación.

Aguardaron pegados a la nave con las botas magnéticas.

En aquellos instantes se estaba realizando la descompresión en la antecámara del espacio. Esperaron cinco minutos y, al fin, la puerta

se abrió automáticamente para dejarles paso franco.

—Adentro, muchachos.

Pasaron al interior de la cámara. Cerraron y esperaron a que la presión se normalizara. Al fin, se encendió el piloto verde autorizando la entrada a la nave propiamente dicha.

El teniente Takeo, que portaba el maletín con el detector sensorizador, observó las esferas indicadoras y dijo:

—Capitán, creo que sólo funciona la energía de emergencia.

—Sí, eso he supuesto al ver los motores.

En el interior de la nave sólo funcionaban las pequeñas luces piloto para el gasto mínimo de energía.

—Esperemos que hayan seguido las órdenes de emergencia en los accidentes espaciales —dijo el negro Lumba.

El capitán Clemans fue el primero en adelantarse pasando al puente de mando.

Allí había varios hombres inertes. Se acercó al comandante de la *chárter* y le volvió la cabeza.

—Está muerto —dijo a través del intercomunicador, ya que no se habían quitado los cascos en prevención de cualquier sorpresa.

—El aire está enrarecido —observó el teniente Takeo—. El regenerador funciona al mínimo.

El sargento Lumba dijo:

—Los paneles de mando están quemados.

—Sí, ya veo —asintió el capitán Clemans—, y la muerte de estos pilotos también parece extraña. Su piel está blanca, como quemada por alguna radiación desconocida.

—Se conservan incorruptos gracias a la baja temperatura que se mantiene en el interior de la nave —observó el teniente Takeo.

—El doc tendrá que efectuar un pequeño análisis de estos cuerpos, en especial de sus pieles, para saber de qué han muerto.

—¿Habrá pasaje a bordo? —se preguntó el sargento
Lumba.

—Vayamos a investigar.

Salieron de la cabina de mando para pasar a las dependencias del pasaje.

En la sala social todo aparecía revuelto, tirado por los suelos como si hubiera habido una gran pelea. Los tres se miraron entre sí. Por el momento era difícil averiguar lo ocurrido.

Salieron de la sala para pasar a la cámara de literas.

Todas las celdas estaban cerradas por los protectores de duro cristal y ocupadas.

Los hombres de salvamento se acercaron para ver mejor y los tres silbaron de admiración.

Allí estaban los ejemplares de mujeres más atractivos, llamativos y hermosos que pudieran encontrarse en parte alguna. Mujeres jóvenes, de todas las razas y con el denominador común de la belleza.

—Capitán Clemans, creo que hemos descubierto un tesoro.

—Yo más bien diría que hemos descubierto un gran problema.

El teniente Takeo opinó:

—Parece que viven. Están hibernadas por el sistema de emergencia. Sus cuerpos se hallan hipotermizados y sus corazones laten a diez pulsaciones segundo según los datos que estoy recibiendo.

—Sí, es todo lo que puede dar de sí durante cinco años el sistema de emergencia de la nave.

—¿Y qué hacemos ahora, capitán? —preguntó Lumba admirando a una espléndida belleza que podía ser de Nubia. Era una muchacha negra de gran hermosura.

—Iniciar la operación de recuperación. Habrá que traer aquí al doc y a los equipos necesarios para trasladar a estas mujeres a nuestra nave. La *chárter* está inservible. Seguiremos escoltándola hasta realizar la investigación completa y luego la abandonaremos en el espacio.

—¿Y los cadáveres? —preguntó el teniente Takeo.

—Los llevaremos a nuestra nave y allí serán liofilizados para que lleguen a la Tierra en el mejor estado. Creo que a los científicos les gustará estudiar a fondo la causa de su muerte. Muchachos, hay trabajo que hacer y debemos ponernos manos a la obra. Teniente Takeo, comience a comprobar todo el sistema de hibernación y las posibilidades de avería del sistema para volver a la normalidad a estas mujeres.

—Sí, capitán, pero creo que en la «Urano X-5» habrá una gran sorpresa cuando las vean. En nuestra nave sólo está la teniente Katievna, el resto son hombres hasta la cifra de setenta y dos.

—Sí, la teniente Katievna se colocó en nuestra nave haciendo

prevalecer sus derechos de igualdad de sexos. Me temo que tendré que empezar a desempolvar el boletín de órdenes y obligaciones de a bordo, porque los problemas se van a acumular.

Takeo y Lumba sonrieron. La sorpresa sería grande cuando todas aquellas féminas, con tan alto grado de perfección anatómica, invadieran la «Urano X-5».

CAPITULO II

Todo estaba siendo preparado para que las supervivientes de la *chárter* turística fueran trasladadas a la nave de rescate.

Los cadáveres hallados en el puente de mando estaban siendo introducidos en cápsulas de conservación mientras dos técnicos estudiaban los daños sufridos por la *chárter* y el doctor Bernard recuperaba a las jóvenes sometidas a hibernación, al parecer voluntaria. Clemans estaba a su lado.

El control de pulsaciones cardíacas fue delatando el aumento de éstas en las féminas.

—Parece que se recuperan sin novedad.

—He hallado los datos de esta nave. Se trataba de un viaje turístico interplanetario.

—Esos periplos en derredor de los planetas del sistema solar son todavía peligrosos. Las distancias hasta Neptuno y Plutón, para estas sencillas naves *chárter*, son excesivas y el gobierno debería prohibirlos.

—Doc, podemos mandar un informe a la Tierra respecto a lo que pensamos, pero de momento tenemos que salvar a estas misses.

—¿Misses?

Clemans, más preocupado que sonriente, aclaró:

—Sí, son participantes en un concurso para elegir a la Miss Tierra. Como premio a su participación, tenían este periplo interplanetario.

—Pues hasta ahora no han tenido suerte.

—Quizá ellas sí consideren suerte vivir una aventura.

El doctor Bernard, pocos años mayor que Clemans, gruñó:

—Pues si nos toman por sus salvadores, vamos a tener problemas.

—Esta cantidad de chicas en nuestra nave no serán fáciles de llevar. Posiblemente no estén acostumbradas a disciplina alguna y va a resultar difícil mantenerlas quietas sin que estorben el normal desenvolvimiento del personal en servicio de la Urano X-5».

—En ese caso, Clemans, le recomiendo que las mantenga hibernadas hasta que sean regresadas a lugar seguro para que a su vez sean devueltas a la Tierra.

—Tienen que facilitarnos muchos datos, doc. Hay que conocer lo que ocurrió aquí, por qué han muerto todos los hombres que se hallaban en la cabina de mando y por qué razón se han salvado ellas teniendo tiempo de utilizar el sistema de emergencia hibernativo en espera de ser rescatadas y sin tener en cuenta el tiempo.

—Es todo un misterio Clemans, esperemos que estas chicas se lo aclaren. Por cierto, ya empiezan a abrir sus grandes y maravillosos ojos. No cabe duda de que quien las escogió para el concurso de bellezas femeninas sabía lo que se hacía.

—Posiblemente haya sido una computadora que ha tenido en cuenta todas sus medidas. Seguro que en sus cuerpos no falta ni sobra una pulgada en parte alguna.

Doc Bernard suspiró:

—Una belleza de esta clase es lo que siempre había soñado.

—Creí que era un solterón empedernido.

Se encendió un piloto verde y un avisador acústico emitió una señal intermitente. Acto seguido, las cámaras se abrieron, elevándose las puertas de cristal que mantuvieran herméticamente cerradas las literas hibernativas.

Chicas rubias, morenas, pelirrojas, trigueñas, de cabellos lacios o rizados, comenzaron a desperezarse sin entender aún lo que les ocurría.

Había contraste de color entre sus epidermis, blancas lechosas, rosadas, ligeramente tostadas, rojizas, amarillas y negras. Había chicas para todos los gustos, por más exigentes que éstos fueran.

—Clemans, prepárese. Van a bombardearle, diría que a aturdirle a preguntas.

—Quien debe interrogar soy yo y no ellas, pero les aclararé su situación.

Las chicas no tardaron en salir de sus literas. Vestían ropas muy livianas que se amoldaban a sus bien proporcionadas anatomías.

En seguida comenzaron a hablar entre ellas, siendo difícil entenderlas. Doc Bernard miró al capitán Clemans irónicamente y dijo en voz baja:

—Son muy bonitas, pero todas juntas volverían locos a los loros de la Amazonia.

El capitán Clemans dio una fuerte palmada que sonó seca, como un estampido y exigió con voz imperativa:

—¡Silencio!

Todas enmudecieron bruscamente como si se les hubieran roto las cuerdas vocales por un extraño poder emanado del alto y viril comandante.

Volvieron sus rostros para mirarle y en aquellos ojos hermosos, seleccionados entre los más bellos de la Tierra, hubo primero desconcierto y luego admiración hacia el hombre que tenían delante.

Doc Bernard se consoló pensando que el capitán Clemans no podría con todas y que cuando se dieran cuenta comenzarían a dedicar sus atenciones a los restantes mortales que componían la dotación de la «Urano X-5».

—Han sufrido un percance en su nave. Nosotros recibimos el encargo de salvarlas y lo estamos haciendo. Esta nave ha quedado inutilizada y serán trasladadas a la nave de salvamento, por lo que les ruego que se comporten adecuadamente. Recogerán sus efectos personales más imprescindibles y prepararemos su traslado, pero antes, tendré que interrogarlas para conocer lo sucedido. Todos los hombres que se hallaban en la cabina de mando han muerto y eso debe tener una explicación.

Una de aquellas bellezas, de abundante cabello lacio y rubio, profundos ojos azules y una anatomía perfecta, se adelantó y habló por todas:

—Me llamo Erika, y soy Miss Tierra, la reina de todas en el concurso de belleza, por supuesto. —Respiró ligeramente, pero su turgente busto osciló. Doc Bernard no pudo evitar clavar sus ojos en ella—. Todo fue muy rápido. Los hombres estaban en la cabina de mando inclusive míster Atticus que es quien nos acompañaba y una luz cegadora penetró por los cristales que daban al exterior. Luego,

murieron.

—¿Y cómo murieron ellos y ustedes no?

Erika prosiguió:

—Nosotras no recibimos esa extraña e inesperada luz. Yo estaba viendo lo que sucedía en la cabina de mando a través del telecomunicador interno, bueno, creo que otras estaban conmigo.

—Sí, es cierto —corroboraron varias.

—Bien, Erika, siga, es muy interesante lo que dice.

—Primero nos asustamos, creímos que se había estropeado la nave, pero luego pasamos a la cabina y los encontramos a todos muertos. No hacía falta ser unas expertas para darnos cuenta de que algunos aparatos se habían estropeado. Algunos indicadores estaban a cero y otros bailaban alocadamente. Comprendimos que nos hallábamos en peligro y tras serenarnos decidimos buscar las órdenes en el manual de emergencias.

—¿Y qué hicieron?

—Tratar de usar los aparatos de telecomunicación para pedir auxilio, pero no funcionaban, también estaban destruidos. Pensamos que ya estábamos perdidas y, por votación, acordamos hacer lo que indicaba el manual.

Doc Bernard preguntó:

—¿Practicar la hibernación artificial?

—Sí, la nave está bien dotada con este sistema y sabíamos cómo actuar, nos habían enseñado en el minicurso de preparación antes de partir en este periplo. Cerramos todas las ventanas con los protectores exteriores y nos encomendamos a Dios. Pidiéndole que no tardaran en aparecer hombres valientes y audaces como ustedes para que nos salvaran de una muerte segura, nos dormimos.

—El cuento de la Bella Durmiente, en este caso, de las bellísimas durmientes —observó Clemans.

—Muchas gracias, capitán. No podíamos esperar la presencia de un príncipe más viril y apolíneo para salvarnos.

Clemans carraspeó:

—No soy príncipe sino capitán y comandante de mi nave. Ahora, dispónganse para el traslado que será laborioso.

—Capitán, ¿podré ir junto a usted? —preguntó Erika mimosa, cogiéndosele del brazo.

—Por supuesto, como todas.

Pese a los mimos, Clemans se apartó de ella y una vez más se dijo que habrían muchos problemas con aquellas beldades ansiosas de cariño y obsequiosas con los hombres que las salvaran de una muerte segura.

El capitán Clemans, dejando el traslado de las misses a cargo de sus subordinados, regresó al puente de mando de la «Urano X-5». Allí se encontró con la teniente Katievna.

—Vaya, parece que ha habido suerte. Un grupo completo de mujeres superbellas.

—Si no fueras tan gélida, nada tendrías que envidiarlas.

—Te recuerdo, Clemans, que nuestras relaciones son estrictamente profesionales.

—Pues tu labor profesional va a tener problemas, porque te voy a encargar que cuides de esas misses, que les procures alojamiento, comida, etcétera y además, esparcimiento para que no anden molestando a los hombres en servicio.

—Pero, Clemans, sólo soy una mujer para controlar a treinta.

—Espero que sepas hacerlo, Katievna. Si no lo consigues me demostrarás que eres una pésima profesional. Piensa que esas chicas están todavía asustadas, han pasado malos momentos y en la Tierra deben estar esperándolas porque son la representación de la máxima belleza femenina. Luego, hablarán bien o mal del servicio que les prestemos según les vaya el viaje y, la verdad, no me agradaría que me pasaran a una nave carguera por problemas de índole doméstica.

Clemans pasó al puente de mando y Katievna quedó molesta, con el ceño fruncido.

Aunque ella misma no se lo confesara, había sido la única mujer en la nave, la reina en cierto modo, la respetada por todos y ello le permitía hasta ser fría y dura en su trato, lo cual no dejaba de ser una barrera para mantener a raya a muchos galanteadores.

La llegada de aquel grupo de bellezas venía a complicarle las cosas y deseó que fueran regresadas a la base de Marte cuanto antes. Desde allí ya se encargarían otros servicios de viajes de llevarlas a la Tierra.

El teniente Takeo se acercó a su comandante junto con otros dos oficiales. Todos conocían ya la versión explicada por Erika, la reina de las misses y Clemans comenzó a decir:

—Por lo que han contado, luego requeriremos más datos al

respecto, la nave *chárter* fue atacada.

—Pero, ¿por quién? — preguntó el teniente Novell.

—Lo ignoramos, pero el rayo de luz, que no es láser a juzgar por las señales que ha dejado, es un arma desconocida por nuestra civilización.

—¿Seres extraterrestres? —preguntó el teniente Takeo.

—En todo nuestro sistema solar no hay vida inteligente, pero no debemos olvidar que hemos rebasado en el doble la distancia radial de nuestro sistema solar y que nos hallamos más próximos a mundos desconocidos que a nuestra propia Tierra. Opino que debemos permanecer alertas. Los telesensores han de funcionar a pleno rendimiento y en todo momento. Los atacantes pueden haber creído que han destruido la *chárter* y alejarse, pero también seguirla. Quizá se han dirigido hacia la Tierra, lo cual dudo, porque las naves de vigilancia los habrían detectado.

—¿Y por qué no los han detectado antes de que atacaran a la *chárter*? —preguntó el teniente Novell.

—Posiblemente porque al atacar a la *chárter*, ésta debería hallarse cerca de Plutón, es decir, al extremo del sistema solar. Después de atacar, quizá se hayan alejado de nuestro Sol. Lo mismo pueden encontrarse ahora lejísimos de nosotros que cerca, rondándonos para atacar.

—¿Y cuál sería la forma de defensa en el caso de que eso ocurriera? — preguntó el teniente Novell.

—Ignoro la potencia de sus armas pero, al parecer, el fuselaje de la *chárter* no ha sido dañado. La luz destructora ha penetrado a través de los cristales de las ventanas.

El teniente Takeo preguntó inquieto:

—¿Cree que, si nos atacan, bastará con proteger nuestros miradores con los paneles de hiperacer-plástico?

—Lo ignoro. Sólo cuando llegue el momento lo sabremos.

—¡Atención, atención! —llamó el oficial de detección que utilizaba el ultrarradar y la hiper-radioscopia.

—¿Qué ocurre, teniente Collarini?

—Acabo de localizar un objeto no identificado que viene hacia nosotros.

Todos se pusieron tensos. A nadie se le escapaba que, en aquellos instantes, se estaba realizando en circunstancias un tanto difíciles el

traslado de las misses a la nave «Urano X-5» y que recibir un ataque significaba una matanza de aquellas chicas.

En tres zancadas, Clemans se situó junto al teniente Collarini.

—¿Está seguro de lo que dice?

—No cabe duda, capitán. Fíjese usted mismo en la pantalla.

Todos clavaron sus miradas en la pantalla en la que se reflejaba un punto luminoso claramente delimitado, un punto luminoso que cada vez se hacía más grande, lo que significaba que viajaba hacia ellos a gran velocidad.

CAPITULO III

— ¡Apresuren el traslado de las chicas a nuestra nave! —fue la orden imperativa del capitán Clemans que acababa de tomar asiento en su puesto de mando.

—Capitán, el objeto sigue acercándose en línea recta a ciento veintitrés mil millas hora.

—Nuestra nave puede rebasar esa velocidad, pero no se trata de huir y menos ahora que estamos trasladando a las misses a nuestra nave. Siga observando.

El teniente Novell, que se había incorporado al equipo de traslado de las misses, comunicó:

—Dentro de siete minutos, como máximo, la operación estará concluida.

—Que sean cinco y no siete. El posible enemigo se nos acerca muy rápidamente e ignoramos desde qué distancia puede atacar.

Clemans pulsó un botón y todas las ventanas miradores, protegidas con durísimos y gruesos cristales de alta seguridad, fueron cubiertas por los paneles corredizos de hiperacer-plástico. Sólo les quedaba abierta la puerta que daba al espacio y a la cual se había sujetado un cable que unía las dos naves. A través de éste, con un cinturón al que iba enganchado un mosquetón de alta seguridad, se iban deslizando las misses a la nave de rescate.

El teniente Collarini seguía atento la trayectoria de la nave desconocida, rechazada ya toda posibilidad de que fuera un meteoro errante.

—Sección de armas, preparen el cañón «Láser» y establezcan la línea de tiro. La computadora de control de disparo, que entre en funcionamiento.

—¡Atención, atención! —llamó el teniente Novell.

—¿Qué sucede, teniente?

—La última superviviente acaba de ser rescatada y la puerta ya está cerrada. Iniciamos la presurización.

—Perfecto. ¡Atención a todo el mundo, atención, posición de combate, posición de combate!

Un avisador, que hasta aquel momento en la «Urano X-5» sólo se había utilizado como medida de prueba, comenzó a sonar de forma intermitente.

Dentro de la nave, todos los músculos se pusieron tensos a la espera de lo que podía suceder.

La supuesta nave enemiga permanecía quieta mientras la «Urano X-5» avanzaba hacia ella a la vertiginosa velocidad de ciento cuarenta mil millas hora.

En la pantalla gigante de teletrivisión apareció el espacio infinito, repleto de miríadas de estrellas, cada una de ellas con su respectivo sistema planetario.

El objeto volador era ya perceptible a simple vista a través de la cámara de teletrivisión que lo ampliaba. De pronto, algo brotó de él y todo se llenó de luz.

—¡Nos atacan! —advirtió el teniente Takeo.

—Sí, parece que es la luz cegadora de que han hablado las chicas rescatadas —asintió Clemans.

Todos aguardaron a ver lo que ocurría. La pantalla estaba repleta de una luz cegadora que no les afectó. Luego, fue disipándose y de nuevo apareció la nave, bien perfilada ante ellos. Era brillante, de forma ovoide.

—¡Hurra, hemos quedado invulnerables a su arma!

El capitán Clemans acercó su pulgar al botón rojo y, con firmeza, sin dudar ante aquel enemigo que les había atacado, disparó su cañón.

El rectilíneo y cilíndrico haz de luz de dos pulgadas de diámetro,

brotó de la proa de la «Urano X-5» y el rayo láser dio en el blanco.

Todo se iluminó, pero al cortarse el fluido, la nave seguía intacta.

—No les hemos hecho nada —dijo en voz alta el teniente Collarini.

Ceñudo, Clemans observó:

—Parece que tienen un campo radiorreflexivo que les protege del láser.

—¡Atención, capitán, atención, la nave desconocida da media vuelta e inicia la fuga! —comunicó el teniente Collarini observando sus medidores de ultramar y el hiper-radiotelescopio.

El teniente Novell, un veterano del espacio, acababa de arribar al puesto de mando tras quitarse el traje espacial de supervivencia. Suspirando, dijo:

—Menos mal. Si nos temen, ya no los veremos más.

—Ponga la nave a toda potencia.

—¿Destino? —preguntó el teniente Takeo a su comandante.

—Persecución de la supuesta nave enemiga. No debe escapársenos.

La teniente Katievna, que también había acudido al puesto de mando para enterarse de lo que ocurría, inquirió perpleja, haciéndose eco del sentir de todos:

—¿Por qué hemos de perseguir a esa nave desconocida y enemiga si tenemos nuestra nave sobrecargada de personas que hay que regresar a sus puntos de destino?

—Hay que averiguar quiénes van dentro de ella, de dónde viene y qué es lo que pretende atacándonos. Si es un peligro, hay que destruirla y ése será nuestro principal objetivo. Teniente Novell…

—Sí, capitán —gruñó a regañadientes. No era partidario tampoco de salir en persecución de la nave enemiga.

—Envíe un mensaje a la Tierra diciendo que hemos rescatado a las misses, pero que la tripulación de la *chárter* ha perecido en acto de servicio.

—Bien, capitán.

Al observar los rostros que le rodeaban. Clemans se percató de que todos estaban en contra de su decisión. Por un momento pensó que podía llegar a tener un motín a bordo, pero apartó aquella funesta idea de su cabeza y se mantuvo firme.

—Teniente Collarini, no pierda de vista la nave enemiga. Nuestro

rumbo dependerá del que tome la fugitiva.

La teniente Katievna objetó:

—Posiblemente, esa nave conoce mucho mejor que nosotros este espacio en el que nos hallamos. Esta zona del universo nos es totalmente desconocida y pueden tendernos una trampa.

—Sí, tendremos que contar con ello.

—Capitán, ¿va a hacer que corran peligro más de cien vidas que están ahora a su cargo, bajo su responsabilidad?

—Teniente Novell, ni usted ni nadie a bordo tienen que decirme cuál es mi responsabilidad y obligación. He dado la orden de seguir al enemigo y así se hará. Quien se oponga, deberá atenerse a las consecuencias. Seré inflexible con el reglamento. Ahora, ocupe el puente, queda bajo su responsabilidad seguir a la nave enemiga. No la pierda de vista, no se lo perdonaría.

Clemans abandonó el puente y la teniente Katievna le siguió, interpelándole:

—¡Clemans!

—¿Sucede algo? — inquirió cortante.

—No es el momento idóneo para seguir a esa nave. Vamos sobrecargados, desconocemos el poder de esos seres y quiénes son o de dónde proceden.

—Sí, es cierto, pero si escapan, atacarán traidoramente a otras naves. Ahora se hallan a muchos millones de millas de Plutón, pero pueden regresar y seguir atacando. Cuando se me confió esta nave se me encomendó la misión de vigilar el espacio y salvaguardar las naves que pudieran desplazarse de un planeta a otro. Esa nave es un peligro y mi misión es pactar con los seres que la gobiernan o destruirlos si constituyen un riesgo.

—Quizá sólo se trate de una nave exploratoria de alguna civilización avanzada de algún desconocido planeta.

—Es posible, pero también puede ser una nave de guerra que nos está tanteando para conocer nuestra vulnerabilidad. La *chárter* atacada no podía defenderse, carecía de armas para hacerlo pero, por lo visto, a nosotros nos temen y por ello han emprendido la huida.

—¿Crees que son inferiores a nosotros?

—Eso está por ver. De momento, su principal arma no ha podido con la «Urano X-5» y nuestro poderoso cañón tampoco ha podido

con ellos. Es el principio de una pequeña guerra. Ellos pueden tener otros medios de defensa y ataque, tendremos que correr el riesgo. Regresar ahora a Marte sería perder la oportunidad y esa nave escaparía a todo control y vigilancia y atacaría en otros puntos a otras naves. Debemos seguirles hasta darles alcance, parece que la velocidad de nuestra nave es superior a la de ellos.

—Clemans, si todos morimos en la lucha tú serás el responsable, el único responsable.

—De acuerdo, me iré al infierno con un montón de cadáveres sobre mi conciencia. Ahora, déjame en paz.

—¡Atención, Clemans, atención, capitán Clemans, comuníquese con el puente, es urgente, llama el teniente Novell!

La teniente Katievna y el propio Clemans quedaron quietos un instante mirando el altavoz por el que había surgido la apremiante llamada.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó por lo bajo dispuesto a regresar al puente lo más rápidamente posible.

CAPITULO IV

—¿Qué es lo que sucede?

El teniente Novell le señaló la pantalla gigante de teletrivisión.

—Aquel punto que destaca es un planeta desconocido.

—¿Un planeta desconocido? ¿No está en la carta espacial?

—No. Ya la hemos consultado a través de la computadora. El teniente Collarini informó:

—La nave fugitiva ha desaparecido tras el planeta que tenemos en la proa.

—Amplíen la imagen.

El planeta fue ampliado hasta el tamaño de una naranja, pero la nave no apareció.

Todos observaron interrogantes al capitán Clemans.

—Hay dos posibilidades. Esa nave puede haberse refugiado tras ese desconocido planeta tratando de escapar de nosotros o sigue huyendo a toda velocidad al amparo del planeta. Si navegan en perpendicular al mismo, seguirán alejándose sin que los detectemos por hallarse al otro lado, claro que también existe la posibilidad que bajen al planeta.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán Clemans? —preguntó el

teniente Novell.

—Hay que llegar a ese planeta. Dar la vuelta al mismo y detectar el espacio tratando de localizar la nave fugitiva.

En treinta y siete minutos terrestres consiguieron arribar a la órbita de! planeta desconocido. Lo rodearon por dos veces y el teniente Collarini se declaró vencido.

—No hay señal alguna de la nave fugitiva. Si se hubiera alojado en el espacio, la habríamos detectado.

Clemans observó pensativo:

—Entonces, como tampoco está en órbita, habrá que pensar que ha descendido al planeta buscando refugio más seguro. Es obvio que nos temen.

—Y buscan un lugar mejor para la lucha —observó el teniente Novell—. Quien escoge el escenario tiene la mitad de la batalla ganada.

—Teniente Takeo…

—Capitán.

—Utilice todos los sensores de a bordo. Daremos dos órbitas completas de observación en derredor de este planeta. Quiero hasta el último detalle.

—¿Piensa descender, capitán?

—Si las circunstancias son favorables, descenderemos, pero hay que localizar la nave. Utilice los hiperinfrarrojos. La nave, en su forma de contacto, habrá dejado rastros de calor fácilmente detectables. Mientras, con la telecámara observaremos visualmente la superficie del planeta. No podemos abrir las ventanas, nuestro principal peligro es que nos envíen esa luz mortífera sin estar protegidos.

La inspección de aquel planeta desconocido, a tantos millones de millas del planeta Tierra, fue profunda y detallada.

En la pantalla gigante se sucedieron las imágenes. Había páramos, zonas rocosas, grandes extensiones de agua y ubérrimos bosques, semejantes a la Amazonia terrestre. Aquel planeta tenía vida propia.

—Teniente Takeo, datos.

—Sí, capitán.

—Transmítalos.

—¿Con detalle?

—No será necesario. ¿Qué tal es la atmósfera?

—Respirable, más bien alta de oxígeno, óptima para nuestro sistema natural de respiración.

—Perfecto. ¿Tiene otros datos?

—Sí, el planeta es muy semejante a la Tierra, sólo que es algo mayor de diámetro y su densidad es cero setenta y cinco más.

—¿Notaremos el exceso de gravedad?

—Según la computadora, un kilo, en este planeta, pesará un kilo trescientos veinte gramos.

—Eso nos hará más pesados, gastaremos mayor cantidad de energía. Deberemos consumir más calorías, hidratos de carbono, si hemos de caminar por su superficie.

El teniente Novell preguntó:

—¿Quiere decir que descenderemos a ese desconocido planeta?

—Tengo la seguridad de que la nave atacante se esconde ahí abajo y no pienso abandonar la persecución.

—La nave auxiliar será suficiente.

—No, teniente Novell. La nave auxiliar tiene demasiado cristal sin protección, sin coraza de hiperacer-plástico. De lanzarnos su luz mortal, nos exterminarían. Si bajamos, efectuaremos la toma de contacto con la «Urano X-5». Sólo dentro de ella tenemos protección.

—Será una pérdida de tiempo y energía y nos expondremos a peligros desconocidos.

—Teniente Novell, no he pedido su opinión. Dirija la telecámara y aumente la ampliación de detalles.

A regañadientes, pues era contrario a aquel descenso, el teniente Novell amplió la imagen y no tardaron en descubrir a unos seres.

—¡Atención, detengan la nave! —ordenó Clemans.

La «Urano X-5» se detuvo en el espacio. La órbita que habían tomado era lo suficientemente alta como para poder vencer la fuerza del desconocido planeta que les impulsaba a girar a su alrededor.

—¿Qué ocurre, quiere observar a esos seres? Parecen simios —gruñó el teniente Novell.

—No son simios, ni siquiera primates. Son pitecántropos, no pierda la imagen.

—Parece que viven en familia —comentó una voz femenina.

Todos se volvieron.

Allí estaba Erika, la bella reina de las misses acompañada por dos

de sus damas de honor. Las tres iban vestidas con la ligera ropa que se adaptaba a sus bien torneadas anatomías como una segunda piel.

La teniente Katievna se presentó con su uniforme y cara de pocos amigos.

—Señoritas, les he advertido que no podían pasar al puente de mando.

—Lo sentimos, teniente, ¿o quiere que la llamemos por su nombre? — preguntó Erika, desafiante y burlona.

Clemans las observó con ironía. Katievna y su autoritarismo iban a tener problemas y él se divertiría.

—Soy la teniente Katievna —aclaró muy digna.

—Bien, teniente Katievna, somos rescatadas, no prisioneras. ¿No es cierto, capitán Clemans?

Al preguntar, su cuerpo escultural onduló ligera, casi imperceptiblemente, pero todos los varones del puente de mando lo captaron.

—Así es, Erika, pueden circular por la nave pero, eso sí, no distraigan al personal en servicio. Estamos tratando de localizar a la nave que les atacó.

La teniente Katievna apretó los labios con fuerza y rabia al observar cómo la ondulante Erika se acercaba al capitán Clemans y apoyaba una de sus manos en el hombro varonil. Mirando a la pantalla y con la candidez propia de una muñeca que sólo se preocupa de ser bella, preguntó:

—¿Son esos seres antediluvianos los que nos atacaron?

—No creo, Erika. Además, esos seres no son antediluvianos. En el proceso lógico de la evolución humana, son semejantes a nuestros pitecántropos.

—¡Cuánto sabe, capitán Clemans! —exclamó Erika con gran admiración.

La teniente Katievna tuvo que respirar hondo para contenerse. Erika era la antítesis de lo que ella pensaba debía ser una mujer moderna.

El teniente Takeo, al cual se acercó otra de aquellas beldades que tenía la piel ligeramente amarilla como el propio Takeo, por lo que debía de ser asiática o descendiente directa de orientales, observó:

—Capitán, cerca de donde se hallan esos seres, en el claro de este enmarañado bosque, existe una zona que ha absorbido calor

recientemente. La espesura del follaje ha hecho que nos pasara desapercibido en principio, pero ahí abajo debe haber algo que emite mucho calor.

Clemans agregó:

—Sí, y posiblemente que atrae la atención y curiosidad de esos bosquimanos pitecántropos, armados con gruesos bastones, porras, flechas y lanzas primitivas. Intente escrutar mejor esa zona, a ver si descubre la nave enemiga.

Pasaron varios minutos en tensión. Cada una de las chicas había escogido a uno de los oficiales puesto que la tercera, una vibrante pelirroja, se había acercado al teniente Novell, apaciguando su mal humor con su proximidad.

—Lo siento, capitán. El follaje es espesísimo y cubre perfectamente cualquier cosa que se oculte debajo, salvo que aparezca en un claro. La nave fugitiva se ha camuflado perfectamente.

—Es obvio que esa nave no quiere una confrontación directa con nosotros. Parece que nos teme, pero no hay que fiarse demasiado.

—¡Atención, atención, captamos un mensaje!

Todos quedaron atentos al técnico de telecomunicación.

La señal del mensaje fue ampliada y se escuchó perfectamente en el puente, pero se trataba de una serie de gruñidos mezclados con otros sonidos propios de algún extraño aparato electrónico. Luego se hizo el silencio y todos los rostros se volvieron hacia Clemans.

—Que pase a la computadora, a ver si puede conseguir descifrar lo que hemos captado.

—Capitán, esos gruñidos pueden ser una petición de ayuda. Quizá esa nave no sea una solitaria del espacio y haya otras, quizá muchas, que puedan captar el mensaje y venir hacia aquí para liberar a sus congéneres al tiempo que nos exterminan a nosotros.

—Es una posibilidad, teniente Novell, pero mientras la computadora trata de descifrar este mensaje, nosotros descenderemos y lo más cerca posible de donde creemos se ha posado la nave ovoide.

—¡Es un suicidio!

—Teniente Novell, quien da las órdenes soy yo, no lo olvide.

—Sigo pensando que descender a ese planeta desconocido y lógicamente hostil donde nos aguardan agazapados unos

enigmáticos seres en una nave muy avanzada y que además ha pedido refuerzos es sumamente arriesgado y antes debería consultarlo al centro de la Tierra.

—Supone demasiadas cosas, teniente Novell, en cuanto a pedir autorización, tardaríamos veinticuatro horas en obtener la respuesta suponiendo que no surgiera alguna interferencia, ya que la onda del mensaje puede chocar contra cualquier astro que nos haga sombra.

—Conozco perfectamente la teoría de la pérdida de telemensajes por eclipsación fortuita, pero sigo pensando que deberíamos consultar.

—De acuerdo, teniente Novell, envíe el mensaje de consulta al centro de la Tierra, pero mientras esperamos respuesta, descenderemos.

—¿Cómo?

—Cumpla mis órdenes o me veré en la desagradable situación de arrestarle en su camarote.

—Está bien, usted manda. Todo queda bajo su responsabilidad.

—¡Atención, atención, todo el personal de la nave, incluidas las señoritas rescatadas, atención!

—¿Yo también debo escuchar, capitán Clemans? —preguntó Erika ahuecando la voz, inclinándose hacia Clemans, por lo que éste no pudo evitar ver la perfección casi milimétrica del busto femenino ante la mirada fustigante de Katievna que no la perdía de vista.

—Sí, usted también. Vamos a tomar suelo en este desconocido planeta, es una operación rutinaria, pero deben tomarse todas las precauciones normativas. Los que no se hallen en las butacas anatómicas que se instalen en las literas y se sujeten con los atalajes de seguridad.

Cerró el contacto del interfono general y pulsó un botón amarillo.

Su voz se repitió con el mensaje de forma insistente, para que nadie quedara sin oírlo.

—Erika y ustedes dos, les ruego que vayan a las literas que les han sido destinadas. Teniente Katievna, acompáñelas, ellas están a su cargo.

—¿A mi cargo? —preguntó irónica.

—Si. Por supuesto, como invitadas, no como reclusas —puntualizó el capitán Clemans:

—Gracias, es usted adorable.

La teniente Katievna se alejó tras las misses mascando una protesta entre sus dientes:

—Cuidar de un rebaño, eso es lo que voy a hacer.

CAPITULO V

Con perfección matemática, la «Urano X-5» efectuó su toma de contacto en un claro del inmenso océano verde que dejaba minimizada a la Amazonia terrestre, zona de ubérrimo reino vegetal que en la Tierra se había conservado a toda costa para mantener un nivel de oxigenación aceptable.

El claro se hallaba en una colina apenas perceptible y desde él podían dominarse todas las copas de los espesos y altos árboles en muchas millas hacia donde quiera que se mirase, utilizando los trescientos sesenta grados.

Clemans lo había escogido como un excelente punto de observación. Si la nave ovoide quería escapar, la verían emerger entre los árboles bajo cuyo espeso follaje se había escondido.

Al fin, se encendieron los pilotos azules, señalizando que la nave estaba detenida y los motores parados.

—Bien, capitán Clemans, ya estamos en este desconocido planeta que ni siquiera se encuentra en la carta astronómica.

—Pues será cuestión de facilitar a la Tierra su situación exacta en el universo y de paso bautizarlo.

—¿Y qué nombre le pondremos? —inquirió el teniente Takeo.

—Ya lo iré pensando. Ahora quiero que la telecámara haga una inspección en los trescientos sesenta grados. La vigilancia no debe cesar ni un solo segundo, la nave fugitiva estará al acecho. Además, existe la posibilidad de que aparezcan otras, puesto que el mensaje que han enviado ha tenido que ir a alguna parte del espacio y forzosamente alguien lo habrá receptado.

—La misma inspección podía haberse realizado desde el espacio —objetó el teniente Takeo.

—No lo dudo, pero habríamos gastado más energía. Creo que la lucha será hombre a hombre, si esos seres desconocidos son más o menos semejantes a nosotros.

—¿Una lucha hombre a hombre como si hablara de un primitivo ataque a la bayoneta?

—Teniente Novell, atacando a la bayoneta se obtuvieron muy importantes batallas.

—Y también murieron muchos hombres ensartados. Si salimos de la nave, esos seres nos barrerán con sus armas.

—Será cuestión de intentarlo. Nuestros motores estarán listos para despegar en cuanto haga falta, pero creo que esos seres, si nos están observando, también terminarán por salir de su nave. Posiblemente sientan por nosotros la misma curiosidad.

—Y cuando los encuentre, ¿qué piensa hacer? ¿Los va a exterminar uno a uno? Tienen una nave que puede autoprotegerse contra nuestro potente cañón «Láser».

—Ellos han atacado primero. Habrá que tratar de interrogarles, y para ello es preciso que por lo menos capturemos a uno. En cuanto a armas, siempre nos queda la posibilidad de utilizar nuestros misiles de cabeza nuclear «A-H Zirconio».

—Si llega el momento, esperemos que no fallen como ha ocurrido con el cañón «Láser».

—No sea pesimista, Novell, dentro de la nave estaremos seguros.

—¿Seguros? —Esbozó un gesto escéptico—. Ignoramos si ellos poseen también otra clase de armas además de esa luz mortífera, que tiene muchos puntos de contacto con nuestro «Láser».

—Al parecer, la diferencia estriba en que nuestro «Láser» es más preciso, pero su área de impacto más pequeña y concreta, aunque sea capaz de perforar cualquier material conocido siempre que no sea totalmente reflexivo. Su arma fotónica es más difusa y su área abatida muchísimo más amplia. Atraviesa los cuerpos transparentes sin perder efectividad, pero al parecer no cruza el fuselaje de nuestra nave.

—Algo sí traspasará, cuando destrozó todo el sistema de computadora y navegación de la *charter* —observó el teniente Takeo, que se había acercado a ellos.

—No hay que olvidar que, además de esos seres inteligentes de alta civilización y origen desconocido, están esos seres primitivos

que si en principio experimentarán terror, luego pueden pasar a la ofensiva con sus garrotes, lanzas y flechas.

—No irá a temer a esos seres primitivos, de mentalidades casi infantiles, ¿verdad, teniente Novell? —se burló el teniente Takeo.

—No le deseo que reciba un garrotazo de esos pitecántropos. Posiblemente, triplicaran nuestra fuerza física y tampoco quiero olvidar que pueden existir especies de una fauna agresiva y peligrosa.

—No hay animal, por grande que sea, y me refiero a los que hubo en la Tierra en la era de los reptiles gigantes, que pueda atacarnos impunemente. Nuestro cañón «Láser» lo abatiría en seguida.

—A la nave no podrá atacarla, pero ¿y si sale alguien de ella? Creo, capitán Clemans, que haría bien en aguardar la respuesta de la Tierra. Después de todo, pueden ordenarnos que iniciemos el retorno. Yo ya he enviado nuestra posición y un informe de lo sucedido.

—Muy bien, teniente Novell, pasaremos de la espera a la observación. Aguardaremos noticias de la Tierra mientras vigilamos esta jungla que tanto puede ocultar bajo el denso follaje de sus árboles. Si la nave ovoide aparece, atacaremos inmediatamente. Mientras esperamos el mensaje de la Tierra, que nuestro sistema de telecomunicación vaya emitiendo mensajes cortos, fácilmente descifrables, por el sistema de notas musicales, guarismos, dibujos geométricos que puedan captarse en teletrivisión y por el sistema de composición de dibujos animados sobre lo que pretendemos.

—¿Espera que si descifran algún tipo de clave sencilla nos envíen respuesta?

—¿Por qué no, teniente Novell? Tendremos todo el sistema de escucha alerta. En el ínterin, descansaremos en nuestra nave.

—¿Descansar con el enemigo a diez millas como máximo?

—A diez o a una milla. Quién sabe, teniente Novell, quién sabe.

Clemans abandonó el puente de mando.

No dijo nada, pero le molestaba tener que mantener todas las corazas de las ventanas cerradas ante el posible ataque del arma fotónica que había demostrado ser tan mortífera.

Debía conformarse con la inspección a través de las telecámaras. Si se había iniciado una guerra de nervios entre ellos y los alienígenas que asesinaran a toda la tripulación de la *charter*, no

serían los suyos los primeros que saltasen, los tenía muy bien templados.

—Hola, capitán Clemans, ¿me acompaña a la videoteca? A bordo tienen una videoteca muy pequeña pero confortable —le dijo Erika saliendo a su encuentro.

La videoteca era una sala con una gran pantalla de teletrivisión a color. Una de las chicas había iniciado el pase de una cinta dedicada a un grupo especialista en «rock sideral».

Al hallarse la nave detenida, convergió allí todo el personal libre de servicio, todos varones y que estaban deseando conversar con las misses salvadas, las cuales parecían pasarlo muy bien.

Cinco chicas hicieron juntar varias mesas y subiéndose sobre ellas, comenzaron a bailar al compás del «rock sideral» con gran satisfacción por parte de los reunidos.

La fiesta era a lo grande. Las misses rescatadas de la muerte hacían olvidar a todos los miembros de la nave que el enemigo estaba cerca, camuflado entre el follaje de los gigantescos árboles.

—¿Quieres que dance para ti? —ronroneó Erika a su lado.

—Imagino que eres una experta bailando.

—No lo hago mal.

Erika se subió sobre una mesa y sin apartar su mirada del capitán Clemans, comenzó a ondular en forma tan sexual que atragantó más de una nuez en su garganta.

En aquellos momentos penetró la teniente Katievna en la videoteca. Sin que nadie reparara en ella; se detuvo y sus ojos quedaron fijos en la reina de la misses que ondulaba su cuerpo de tal forma que no había mirada masculina que se le resistiera. Clemans no parecía insensible al hechizo que transmitía la reina de las misses.

Deseó hacer algo para desviar la atención de Clemans de Erika y. súbitamente, se percató de que sentía celos, algo que unas horas antes le hubiera parecido incomprensible y absurdo.

Habían tenido que llegar las misses, con sus exuberantes bellezas, que no trataban de ocultar en lo más mínimo, para que se diera cuenta de ello.

Antes, ella se había sentido en cierto modo la reina de la «Urano X-5», pero ahora aquellas chicas la habían desplazado y eso la hería en lo más hondo.

Sin embargo, lo que más le dolía era la atención que Clemans semejaba dedicar a Erika. Los celos le estaban arañando las entrañas como unos despiadados garfios medievales para tortura.

«Son todo cuerpo y no tienen nada en la cabeza», se dijo para justificarse, sin poder resistir aquella jarana que se había organizado en la videoteca.

Los hombres, con palmas y saltos, jaleaban a las chicas que parecían pasarlo en grande y cada vez se animaban más pese a que todas las bebidas que había en la nave carecían totalmente de alcohol. En la «Urano X-5» no había más alcohol que el de la enfermería.

La teniente Katievna, furiosa por no poder cortar la diversión y sin que nadie le hiciera caso, vistiendo su austero uniforme que trataba de disimular todos los encantos de su cuerpo, se alejó de la sala.

CAPITULO VI

La noche comenzó a llegar lentamente a aquel planeta desconocido que carecía de lunas que lo orbitasen. Por lo tanto, la noche había de ser de una oscuridad total.

La estrella alrededor de la cual giraban no era de gran magnitud, quizá una décima parte del sol conocido por los terrestres, pero se hallaban muy próximos a ella, equilibrando de esta forma el déficit de potencia lumínica y calorífica.

—Teniente Takeo. ¿qué datos ha obtenido?

—En la observación sólo hemos visto a un grupo de pitecántropos que se han acercado hasta las arboledas más próximas para curiosearnos.

—Ellos no son peligrosos.

—Es posible que ellos sí sepan dónde se encuentra la otra nave, capitán.

—Es una buena observación, pero si capturásemos a uno de esos pitecántropos sería muy difícil interrogarle. No obstante, se puede

intentar.

—¿Piensa salir a la caza y captura de uno de esos seres primitivos, capitán?

—Ya he preparado una lista de los hombres que van a acompañarme. Dentro de una hora, cuando todo esté negro ahí fuera, saldremos.

—Será peligroso, capitán.

—Lo supongo.

El teniente Novell apareció en el puente de mando más contento.

—Esto es un poco de tranquilidad, Clemans. Además, no tardaremos en receptar el mensaje de la Tierra.

—Lo recibirá usted, teniente. Se hará cargo de la nave mientras yo salgo de expedición con un grupo escogido de hombres.

—Lo dice con pena, capitán Clemans —observó, no exento de sarcasmo—. ¿Teme salir o dejarme a mí al mando de la nave?

—Teniente Novell, no quiero problemas a bordo. Cuando salga al exterior, nos mantendremos en contacto por telerradio «Láser». De este modo, nuestros mensajes no podrán ser interceptados. Nadie, absolutamente nadie, deberá abandonar la nave y bajo ningún concepto se abrirán las corazas que protegen los miradores.

—¿Y cuánto tiempo durará la expedición?

—Al amanecer regresaremos. No obstante, cada hora intentaremos ponernos en contacto.

—Y si no regresan al amanecer, ¿deberé pensar que han sucumbido en la misión, capitán Clemans?

—Sí, y por fin la nave será totalmente suya.

—En ese caso, regresaría de inmediato a la Tierra.

—Lo supongo. Creo que apeló usted a muchas influencias para embarcar como segundo en la «Urano X-5», pero le aseguro que cuando volvamos a Marte éste habrá sido el último viaje que realicemos juntos.

El teniente Takeo les miró preocupado. Que el comandante de la nave y su segundo no se entendieran bien, era grave. Sus tensiones podían transmitirse al resto de la tripulación, creándose un malestar muy peligroso.

Clemans se retiró a su camarote-despacho para preparar la salida.

Había dado ya las órdenes pertinentes y deseaba trazar un plan de ataque por sorpresa contra los alienígenas que atacaran la *charter*

sin previo aviso e incluso les habían atacado a ellos. Sin embargo, al hallarse prevenidos, el ataque había resultado nulo.

Localizar la nave era lo primero. Luego, se trataba de acercarse a ella y a poder ser, capturar a algunos de sus tripulantes.

De no conseguirlo, su objetivo era exterminar la nave.

Aquella nave significaba un peligro en potencia para la navegación interplanetaria. Clemans pensó que lo peor era que existieran otras como ella y el ataque fuera parte de un plan organizado.

De pronto, llamaron a la puerta y dio la señal de «adelante» oprimiendo el botón verde.

La teniente Katievna apareció ante él.

Traía el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Clemans la conocía bien e intuyó que habría tormenta pese a que con ella, lo quisiera o no la propia teniente, tenía más consideración por ser mujer.

—Hola, Katievna. ¿Problemas?

—Si te refieres a las misses, creo que están relajando la disciplina. Dos de tus muchachos se han batido ya a puñetazos por una de ellas.

Clemans torció el gesto.

—Cuando el oficial de guardia me pase el informe les daré el arresto que se merecen. —Suspiró—. El problema ya comenzó en el paraíso. Donde hay mujeres...

—Las mujeres no somos especies extrañas. Hace milenios que venimos luchando por los derechos que nos pertenecen.

—Por favor, problemas de feminismo a estas alturas, no.

—¡Hum! Al término de la tercera guerra mundial hubo una regresión sobre todo lo que ya habíamos conseguido, pero las cosas han cambiado por lógica.

—De acuerdo, de acuerdo, sois perfectas.

—Perfectas, no, iguales a vosotros.

—De acuerdo también —asintió condescendiente, suspirando de nuevo—. En cuanto a las misses, no podemos encerrarlas en jaulas. Tú lo has dicho, son como los demás, como nosotros, lo malo es que ellas sí se empeñan en ser diferentes o, mejor, en mostrarse tal cual son.

—¿Insinúas que yo no soy mujer?

—No quería decir nada semejante, simplemente que ellas son chicas alegres, sin preocupaciones, y los tripulantes de la nave son hombres con muchas inquietudes. Lógicamente, tienen deseos de divertirse. No me extrañaría tener que terminar casando a alguno de ellos.

—Muy divertido. Mi opinión es que deberían repartirse uniformes adecuados a esas chicas para que vistan correctamente y dejen de producir problemas.

—Hablas como si les tuvieras celos.

—¿Celos, yo? —Enrojeció hasta las raíces de los cabellos.

—Será mejor que hablemos de otras cosas, teniente Katievna.

La joven hubo de llenar al máximo sus pulmones para no explotar. Al fin, se autocontroló y seca, como si se tratara de la bocina de una computadora, dijo:

—He tenido noticia de la lista de seleccionados que te acompañarán en tu salida al exterior.

-¿Y?

—Te recuerdo que, además de ser el oficial intendente, tengo la misión de recoger cuantos datos pueda del mundo animal existente fuera de nuestro planeta. No es necesario que repita que soy doctora en etnología y antropología.

—Toda una científica. Eres la antítesis de Erika.

—Y por supuesto, a los hombres como tú os gustan más las mujeres monas pero intrascendentes y sin inteligencia como ella.

—¿Es que acaso preferirías que me fijara en ti?

Katievna, que había provocado aquella intencionada respuesta, no pudo evitar sonrojarse. Por primera vez en su vida, los sentimientos estaban dominando a sus razonamientos y ni ella misma se explicaba cómo podía ser aquello.

—No desviemos la cuestión. Yo debo estar incluida en esa lista.

—Ni hablar —respondió rotundo.

—He de salir en esa expedición. Afuera hay seres que debo estudiar en lo posible.

—Si cazamos a un ejemplar, te lo entregaremos con un lazo al cuello.

—Los sarcasmos están fuera de lugar, capitán.

—Katievna, he confeccionado ya la lista de seleccionados para la misión que debo llevar a cabo y en ella no te he incluido, eso es

todo. Creo que no tengo que dar explicaciones a nadie dentro de esta nave porque soy el comandante.

—Es cierto —admitió con un gruñidito—, pero es mi deber recordarte que estás haciendo diferenciación de sexos. Yo debo ser uno de los seleccionados, y tú no me has puesto en la lista porque habrás pensado que seré un estorbo en lugar de un miembro útil en la expedición.

—No te he incluido simplemente porque no he pensado en ti.

—Muchas gracias por no pensar en mí, pero te advierto que mi misión, y tú no puedes pasarla por alto, es estudiar a todos los seres vivos inteligentes que podamos hallar en cualquier planeta al que arribemos. Si no voy contigo, tendré que salir por mi cuenta.

—Por favor, Katievna, no me compliques más la vida de lo que ya la tengo. Salir ya representa un peligro, quizá sea una suerte quedarte aquí, podemos morir.

—No temo a la muerte. No sólo los hombres tienen el privilegio de la valentía Pensar que las mujeres somos miedosas es un error que ya pasó a la historia. Sólo pido cumplir con mi misión.

—¡Lo único que quieres es crearme problemas!

Parecían dos animales, tan antagónicos entre sí como perro y gato.

—Yo soy responsable de todas y cada una de las vidas que van en mi nave.

—La misma posibilidad tiene de morir uno de esos hombres de la lista que yo.

—¿Y para qué diablos quieres salir? No me digas que crees que vamos a entretenernos cazando cavernícolas para enseñarlos a leer, ¿verdad? Ya sabes que la Carta Magna espacial exige la no intervención en la evolución lógica de los planetas que visitamos. Ellos se desarrollarán por sí mismos como lo hicimos nosotros.

—Por lo menos, debo sacar placas y filmaciones para la universidad central de antropología y etnología y, si es posible, hallar cabellos, algún hueso...

—Eso, nos acercaremos a uno de esos pitecántropos y le preguntaremos por su cementerio para llevarnos algún hueso de sus antepasados como *souvenir*.

—¡Te estás burlando de mí y de la ciencia! Piensas que todas las mujeres nos interesamos por la ciencia lo mismo que esa Erika, que

sólo se preocupa de su belleza y de atraer las miradas de los hombres.

—Por lo menos, al estar ocupada de sí misma, no anda creando problemas a los demás.

—Está bien, nada más tengo que decir. Tu, posición ha quedado muy clara.

El comandante de la «Urano X-5», tras respirar hondo, dijo secamente:

—Teniente Katievna, prepare sus cosas. Queda incluida en la lista de la expedición. Saldremos dentro de cuarenta minutos, pero si no se atiene a las normas de seguridad que tomemos, será devuelta de inmediato a la nave y permanecerá cien horas arrestada en su camarote.

—A sus órdenes. Estaré dispuesta dentro de los cuarenta minutos, capitán.

De este modo, abandonó el camarote-despacho del capitán Clemans, dejándolo solo con más preocupaciones todavía.

* * *

El grupo de seleccionados para abandonar la nave y pisar por primera vez el suelo del desconocido planeta se hallaba dispuesto junto a la puerta que daba al exterior.

El capitán Clemans se acercó a los cinco hombres, entre los que se hallaban el teniente Takeo, el sargento Lumba y los astronautas Ramírez, Giraud y Andy.

—¿Preparados?

Todos asintieron con sus cabezas. Vestían trajes ligeros pero resistentes. Iban armados con fusiles «Láser» a excepción del teniente Takeo que portaba una simple pistola «Láser», ya que llevaba un lanza micromisiles de gran efectividad y potencia pese a que cada uno de ellos no era mayor que el dedo índice de un hombre.

—Falta la teniente Katievna —observó el alto y fornido Lumba que mostraba una ausencia total de cabello sobre su cráneo y posiblemente era quien tenía mayor fuerza muscular.

—Esperemos que no se retrase. Poneos los cascos. Siempre que estemos a una distancia que nos obligue a elevar la voz para

entendernos, usaremos los emisores receptores adosados a los cascos. Como afuera hay oscuridad absoluta, utilizaremos las mirillas de infrarrojos, de este modo podremos descubrir cualquier ser vivo de sangre caliente.

En aquel momento se unió a ellos la teniente Katievna.

Vestía el traje que había ordenado Clemans para la expedición, ya que era un tanto reflexivo y si eran atacados por luz, quizá pudieran evitar ser heridos al reflejarla.

Los seis hombres observaron con fijeza los turgentes senos de la joven y atractiva teniente. Ella, algo nerviosa, no pudo ignorarlo y balbució:

—Este traje me cae demasiado justo.

—Opino que te sienta muy bien. ¿Usted qué piensa, teniente Takeo?

—No puedo discrepar de su opinión, capitán.

—¿Dónde está mi casco? —inquirió nerviosa.

El capitán Clemans le tendió el casco adecuado. Luego, señalando la cámara que ella llevaba en bandolera, preguntó:

—¿Piensas utilizarla?

—Sí, pero no teman, no delatará nuestra posición, lleva cinta de infrarrojos. También traigo una bolsa para recoger muestras.

—Sí, pero en tu cinturón no veo la pistola «Láser».

—No me gustan las armas.

—Pues tendrás que llevarla o te quedas aquí —dijo tajante.

—De acuerdo, llevaré la pistola si ésa es su orden —aceptó a regañadientes.

—Afuera nos esperan muchos peligros que desconocemos, máxime teniendo que desplazarnos en la oscuridad. Los infrarrojos nos ayudarán, pero posiblemente tendremos problemas. Nuestro objetivo no es salir para descubrir un mundo desconocido, ese trabajo lo dejamos para los científicos a los cuales ya hemos enviado nuestra posición. Nuestra misión consiste en descubrir a la nave fugitiva, a esa nave que constituye un gran riesgo para la navegación espacial.

—Cuando nos acerquemos a ellos, ¿vamos a atacar la nave con nuestras armas? — preguntó el sargento Lumba.

—No creo que le pudiéramos hacer gran daño con estas armas, sargento. La observaremos como podamos arriesgándonos el

mínimo. Después, regresaremos a la «Urano» y trataremos de destruirla. Deberemos precisar su localización y para ello dejaremos unos puntos de balizamiento, claro que antes de exterminarla sería más conveniente tratar de capturar a uno de sus tripulantes. Debemos conocer si es una nave aislada atacando a nuestros ingenios espaciales o se trata de la vanguardia de una invasión total al sistema solar del que nosotros provenimos. La misión es importante. La nave podía habérsenos escapado, pero sabemos que la tenemos cerca, aunque muy bien camuflada. Tratará de huir, de desaparecer, y nuestro objetivo es que no lo consiga.

—Creo que la localizaremos, señor —observó el teniente Takeo.

—Eso espero, aunque la selva que nos rodea es muy amplia y posiblemente muy traidora. Ignoramos en qué dirección debemos caminar. Confiemos que esa nave no posea algún medio para anular nuestro detector de infrarrojos, ultrasonido, radar y sensor de metales.

En sus respectivos cinturones, todos llevaban cápsulas calóricas.

La gravedad más alta que poseía el planeta y a la que no estaban acostumbrados, les exigía un esfuerzo mayor para desplazarse, incluso para levantar los brazos. Cuando llegara la fatiga, las cápsulas calóricas les ayudarían a sobreponerse del cansancio.

—Atención, apagaremos la luz antes de abrir la puerta. No debe proyectarse ninguna claridad hacia el exterior, podríamos ser vistos de inmediato a simple vista y desde una distancia muy considerable.

A oscuras, protegidos por los cascos y mirando a través de los cristales especiales de infrarrojos, se dispusieron a descender de la nave en su expedición-comando en busca de la nave fugitiva camuflada en la jungla.

La temperatura resultaba más bien cálida. El alto grado de humedad provocaría la sudoración de sus cuerpos a no tardar y gracias a que era noche cerrada, la atmósfera no se hacía asfixiante.

Iban con sus trajes ligeros, bien protegidos no obstante contra las picaduras de los insectos que suponían abundaban por allí.

Descendieron por la colina, internándose en la jungla.

Takeo y Clemans abrían la marcha. Tras ellos avanzaba la teniente Katievna, que gracias a sus exigencias formaba parte de la expedición mientras las agraciadas misses se habían quedado en la nave. El sargento Lumba, con su fornido cuerpo, cerraba la marcha.

Sus ojos oscuros se movían vigilantes, tratando de descubrir a un posible enemigo.

Escucharon claramente graznidos de pájaros sitos en las altas ramas de los gigantescos árboles que ocultaban el cielo punteado de estrellas.

—Fíjese, capitán.

Clemans asintió:

—Son simios, saltando de un árbol a otro.

—Deben ver en la oscuridad —observó Katievna tras ellos.

—Posiblemente los árboles emiten parte de la luz recibida durante el día y los ojos de esos simios la captan.

—Si es así, esos pitecántropos que hemos visto también verán en la oscuridad.

—Sí, pero mejor será dejarlos tranquilos, olvidarnos de ellos —dijo Clemans.

El suelo se hizo más viscoso bajo sus botines anatómicos, y unido a la sensación de pesadez de sus cuerpos a causa de la gravedad, el avance se tornó más fatigoso.

—Alto. Por aquí, parece que nos vamos a hundir en una ciénaga.

—Mientras no haya caimanes —observó Katievna recelosa.

—Puede resultar más peligroso que el suelo ceda bajo nuestros pies. No hemos llegado a este planeta desconocido para desaparecer en un pantano.

—¿Y qué haremos ahora, retroceder? —preguntó Katievna mientras se escuchaban claramente los graznidos de aves nocturnas.

—Rodearemos la ciénaga, pero hay que andar con cuidado. El suelo que pisamos no es firme. No debemos separarnos demasiado unos de otros.

Vadearon el lodazal del que emergían los gigantescos troncos. Todo era putrefacto bajo los árboles y el hedor era fuerte, desagradable.

Vieron pasar cuerpos de fieras sin concederles importancia. Sin embargo, Katievna fue haciendo filmaciones.

Se alejaron más y más de la «Urano X-5».

—Atención, capitán, el sensor acaba de captar algo.

—¿En qué dirección, teniente?

—Frente a nosotros. Distancia, cuatrocientos metros.

—Avancemos con más cuidado. Hay que protegerse con los

troncos de los árboles.

—¿Teme que nos ataquen?

—Es posible que lo hagan.

De súbito, brotó un rayo lumínico que les sorprendió, alcanzando de lleno a Andy. Este, dando un grito, se desplomó.

—¡Protéjanse, ellos también tienen el «Láser»!

Cada uno de los miembros de la expedición, salvo el desafortunado Andy que acababa de morir, se ocultaron tras los gruesos troncos mientras los botines les pesaban, llenos de hediondo y putrefacto barro.

El ser que les atacara volvió a hacerlo, barriendo con su «Láser» la vida de cuanto hallaba en su camino, fuera vegetal o animal.

Desde detrás de un árbol, medio arrodillado, Clemans le apuntó con su lanza micromisiles y pulsó el botón de disparo.

El diminuto misil salió autopropulsado hasta dar en el blanco en brevísimo tiempo, estallando de inmediato.

Aquel sector de la selva se iluminó mientras los grandes árboles recibían el impacto de la onda sonora.

—¡Lo ha cazado, capitán!

—Vayamos a ver sus restos.

Todos corrieron hacia el ser abatido por el capitán Clemans.

Al llegar al lugar donde había caído, destrozado por el micromisil, todos quedaron desconcertados.

CAPITULO VII

—¡Era un robot! —exclamó el teniente Takeo.

—Sí, por ello lo ha detectado el sensor.

Lumba gruñó:

—Nos envían robots mientras ellos se esconden en su nave.

—Prefieren no arriesgarse personalmente. Debemos suponer que hay pocos tripulantes en la nave fugitiva y además habrán colocado los robots en puntos estratégicos para mantener una vigilancia.

—Ahora ya nos habrán descubierto.

—¡Capitán, socorro!

Todos se volvieron. A lo lejos descubrieron dos cuerpos juntos que se movían.

—Aguarden aquí.

Clemans corrió hacia la teniente Katievna que demandaba ayuda.

No tardó en comprobar que había sido capturada por un ser primitivo que, de un manotazo, le había arrancado el casco.

Katievna mostraba su espeso y abundante cabello negro suelto y el pitecántropo la sujetaba como su más preciado botín.

Clemans desechó el uso del lanzador de micromisiles para atacar a aquel ser primitivo. Al estallar el misil, Katievna podía resultar lastimada también.

Corrió tras ellos. El bosquimano, cargado como iba, cedió terreno rápidamente. Tampoco él veía claramente en aquella noche cerrada, aunque era obvio que veía más que los terrícolas.

Al llegar a un claro, soltó a Katievna que cayó en el barro y se volvió agresivo hacia Clemans en medio de feroces gruñidos.

Clemans no deseaba matar innecesariamente a aquel ser primitivo y decidió asustarlo si le era posible, pero el pitecántropo le golpeó con su gruesa porra en el casco, aplastándoselo.

De no estar su cráneo protegido por él, se lo habría partido de forma brutal.

El golpe le hizo rodar por el fango.

A la desesperada, pulsó el botón disparando contra aquel energúmeno de poderosísima fuerza y adaptado a la gravedad de aquel planeta.

El micromisil se incrustó en su pecho y luego estalló, casi desintegrándolo.

Después, el intenso dolor de su cráneo, a causa del golpe recibido, le hizo perder el conocimiento.

Cuando despertó, se encontró rodeado de una absoluta oscuridad y unas manos femeninas que le acariciaban la frente, aquella frente que tanto le dolía, aunque en realidad era todo el cráneo.

—Katievna —dijo con voz queda, cogiéndole la mano.

—Al fin, Clemans. Creí que estabas peor.

—Ese bosquimano me ha dado en la cabeza con algo muy contundente.

—Sí, te ha aplastado el casco. De no llevarlo, te hubiera matado. Era muy fuerte, con un poder sólo equiparable a un gorila terrestre.

Clemans se incorporó, sentándose en el fango que no parecía ceder bajo ellos.

—Esperemos que no sigan con la intención de raptarte.

—Todo esto ha sucedido por mi culpa.

—Bah, no tiene importancia. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Algo más de dos horas.

—¿Dos horas? —Lanzó un silbido de sorpresa—. Es mucho tiempo.

—Sí, he temido que no recobraras el sentido.

—¿Y los demás? —preguntó sin verla pero cogiendo su mano.

—Lo ignoro. Hemos perdido toda comunicación con ellos.

—Pues nos pondremos en contacto por el emisor receptor del casco.

—Ese hombre primitivo te ha aplastado el casco destrozándolo. Yo misma te lo he quitado de la cabeza y he comprobado que ya no sirve.

—¿Y tu casco?

—Lo he perdido. En realidad, él me lo ha arrancado en el momento del rapto.

—De modo que estamos incomunicados.

—Eso es, Clemans. He gritado hasta enronquecer mi voz, pero no he obtenido respuesta alguna. Por lo visto, nos alejamos demasiado del resto del grupo.

—Es posible. Cuando se corre tras un peligro se pierde la noción del tiempo y la distancia. —Notó la voz enronquecida de la mujer y quitándole importancia, dijo—: Bueno, ya los encontraremos. Dame el casco, creo que la mirilla de infrarrojos servirá todavía.

—Me ha costado quitártelo de la cabeza, tienes ligeras erosiones.

—No tiene la menor importancia.

Clemans recuperó su casco y con las manos, no sin grandes esfuerzos, logró devolverle en parte su forma primitiva para que le entrara la cabeza.

—La mirilla de infrarrojos va bien, pero el emisor, como tú has dicho, está destrozado.

—¿Y qué haremos ahora?

—Si disparamos un arma, será como dar nuestra posición.

—¿Y nos encontrarán?

—Es posible, pero también pueden encontrarnos los desconocidos

de la nave ovoide, a quienes ya hemos destruido un robot de vigilancia.

—Sí, pero Andy ha muerto.

—Ellos van a matar. Si nos descubren primero que los nuestros, tratarán de exterminarnos.

—¿Caminamos?

—No lo creo conveniente, podríamos tomar una dirección equivocada internándonos para siempre en esta espesísima selva de la que ya jamás saldríamos. Tendremos que esperar a que se haga de día y mientras yo estaré alerta por si veo alguna señal que indique la posición de los nuestros.

—¿Y si nos vuelven a atacar?

—Espero que en la próxima ocasión utilices la pistola «Láser» que te obligué a incluir en tu equipo.

—Al caer tú, he mantenido tu lanza micromisiles en mis manos, pero te prometo tener más al alcance la pistola «Láser».

—Los micromisiles son muy poderosos, pero si se está cerca de donde estallan, pueden resultar peligrosos para uno mismo. Además, sólo me quedan una docena y no podemos desperdiciarlos.

—Y la pistola «Láser», ¿cuánto tiempo nos servirá?

—Lo que dure la minipila nuclear que lleva adosada a su culata. Pueden hacerse unos cincuenta disparos de un segundo de duración. Si el tiempo que se mantiene jalado el gatillo es excesivo en cada ocasión, la cantidad de disparos se reduce evidentemente.

—Pues procuraremos que sean disparos cortos. No me gustará quedarme en esta espesa jungla y sin armas con que defendernos.

—Es bueno tomar el máximo de precauciones, pero creo que no pasará nada.

—¿Crees que durante el día divisaremos nuestra nave desde aquí?

—No lo sé, depende de donde nos hallemos. La nave estaba sobre una colina y por el barro que hay aquí, nos encontramos más bajos.

—Sí, pero los árboles nos impedirán ver la nave.

—Si hace falta me convertiré en un simio y treparé a uno de ellos.

—Clemans, eso será muy difícil.

—No hay por qué desesperarse, la situación no es tan mala. Estamos vivos, armados y no podemos hallarnos muy lejos de la nave, a lo sumo a media hora o tres cuartos de camino.

De pronto, la copa de los árboles se iluminó. Fue una luz fugaz que les cegó para sumergirles de nuevo en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso, Clemans?

A continuación, un horrísono trueno lo hizo temblar todo.

—Creo que tenemos tormenta.

—¿Tormenta?

—Sí. Debemos hallarnos en la zona ecuatorial de este planeta y es posible que sea un símil del tiempo monzónico de nuestra Tierra.

Alzaron sus ojos hacia el cielo, un cielo que no veían, cuando comenzó a llover con fuerza. El agua resbaló entre las hojas que casi actuaban de filtro y luego la lluvia se convirtió en un torrente, en una violenta cascada que caía sobre ellos mientras más relámpagos y truenos iluminaban la noche, tornándola dantesca.

—Clemans, el agua sube en este suelo, nos inundará.

—Ignoro si todo es una ciénaga, un barrizal o el posible cauce de un río monzónico.

—¿Qué hacemos? Podemos ahogarnos.

—Lo ideal sería encaramarnos a uno de estos altos árboles.

—Pero. Clemans, yo no podría subir, no veo nada. Está negrísimo y además, no sé trepar a los árboles.

—Lo intentaré yo por los dos.

—¿Cómo?

—Sube a mi espalda y cógete bien. Será cuestión de que subamos cuanto antes, esta lluvia es una auténtica catarata y el agua ya nos llega a las rodillas.

Katievna se subió a la espalda de Clemans, agarrándose con fuerza y el hombre comenzó a trepar por el árbol que tenia más cerca, tanteando con las manos y afianzando los pies en cada rama que quedaba por debajo de él mientras la lluvia continuaba como un diluvio exterminador.

CAPITULO VIII

Katievna parpadeó. Sintió sus ojos heridos por la luz de la estrella que dominaba el sistema y del que dependía aquel planeta aún innominado.

Con tiento, abrió de nuevo los ojos y ante ellos se recortó una figura oscura, rabiosamente varonil, de caderas estrechas, amplio y recio tórax, cuello fuerte y cabeza altiva.

—¡Clemans!

El capitán se hallaba delante suyo, de espaldas a la estrella. Por ello, su silueta se recortaba a contraluz.

—Ha amanecido un nuevo, un espléndido día.

—¿Y la lluvia monzónica, las tormentas?

—Han pasado ya. Por lo visto, son violentísimas, pero duran poco tiempo.

—Me dormí.

—Sí, pero he vigilado que ningún ser primitivo viniera a raptarte. Estás violentamente bella y atractiva.

Al oír aquellas palabras, Katievna se percató de que se hallaba tendida en la coyuntura de dos gruesas y altas ramas del árbol que les ofreciera cobijo y con el mínimo de ropa interior, ropa suave y con escasa cantidad de tela, tanto los sujetadores como las «panties».

—¿Y mi ropa?

Al preguntar se percató de que Clemans estaba lo mismo que ella.

—Ahí, detrás tuyo.

Se volvió, y colgadas de una rama delgada, suspendida en el aire, estaba la ropa masculina y la suya, casi juntas.

—¿Cómo has podido quitarme...?

—Has caído dormida por agotamiento físico. El exceso de gravedad de este planeta, a la que nosotros no estamos acostumbrados, agota más pronto. Había que secar nuestras ropas, estábamos completamente empapados y si bien no hace frío, era mejor llevar ropas secas.

—Gracias por interesarte tanto por mí.

—Por cierto, ahora que puedo juzgar con propiedad, nada tienes que envidiar a nuestras invitadas.

—¿No te estarás propasando en tus atribuciones de capitán? —preguntó poniéndose en pie frente a él.

—Sólo hago que decir la verdad que tengo a la vista y aún no sé como saben tus labios.

—Clemans, no te acerques, no te acerques o…

—¿Qué, gritarás o te arrojarás al vacío?

Al retroceder, la mujer se dio cuenta de que estaba a punto de caer de la alta rama. El hombre la cogió y diciéndose ella misma que en aquella situación no podía rebelarse, se dejó besar.

Al terminar la caricia y dejarla en lugar más seguro preguntó con furiosa frialdad en la mirada:

—¿Satisfecho?

—Sí, bastante. ¿Lo pasarás a tu informe particular?

—¿Por qué no? Supongo que en la ficha del capitán Clemans habrá un apartado en el que diga algo sobre sus arrebatos biológicos.

—Voy a trepar a lo alto del árbol a ver si localizo la nave y averiguo en qué dirección debemos avanzar. Te recuerdo que estamos perdidos en la jungla.

Katievna, que se esforzaba en mantener su actitud furiosa y hostil, emitió un leve gruñido y observó cómo Clemans trepaba hacia la parte superior del árbol.

La verdad es que se sentía como nueva en la desconocida jungla, casi un paraíso, en el que podría vivir sin inhibiciones junto al hombre que amaba aunque no quisiera confesárselo.

Clemans subió hasta lo más alto del árbol, pero ramas delgadas, con abundancia de hojas, seguían estorbándole la visión y por más que lo intentó no consiguió descubrir la posición de la «Urano X-5».

Aves multicolores y de distintos tamaños pasaron de rama en rama También una bandada de simios enanos alborotando con sus chillidos.

Katievna se armó de la pistola hasta que el hombre descendió, temiendo que saliera de nuevo un ser primitivo o cualquier animal selvático para atacarla.

—¿La has visto?

—No. La selva es espesísima.

—Entonces, ¿seguimos perdidos?

—Sí, pero trataremos de salir. Por cierto, ya veo que te has apresurado a vestirte. ¿Ya están secas las ropas?

—Sí, por lo menos las mías.

—Hum, debiera exigirte en la nave que llevaras siempre tu cabello negro suelto. Te hace más, más…

—Por favor, Clemans, contén tus impulsos biológicos.

—¿Acaso tú no los has sentido jamás? —Supongo que tu pregunta no es una orden —objetó irónica.

—¿Y si lo fuera?

—Creo que abajo hay mucha agua —dijo ella desviando la conversación.

Clemans no insistió y miró hacia el suelo.

—Sí, se ha llenado de agua sobre el barro. Esto es un auténtico pantano.

—De nada habrá valido secar las ropas.

—Hay muchas lianas, quizá podamos trasladarnos de árbol a árbol sin tocar el lodazal hasta llegar a un lugar más seco.

—¿Por las lianas? No me digas que quieres emular al primitivo Tarzán.

—Hay que adaptarse a las circunstancias. Pertenecemos a una civilización altamente tecnificada y disponemos de múltiples medios para resolver los problemas, pero en estos instantes, nuestras únicas armas son el lanzamicromisiles, tu pistola «Láser» y nuestra capacidad mental. No tenemos a nuestra disposición los autocohetes para elevarnos por encima de los árboles e ir en la dirección que más nos convenga. Tampoco tenemos la radio para comunicarnos con nuestro grupo o nuestra nave.

—Podríamos hacer señales de humo.

—Sí, es un recurso, no señales de humo pero sí un fuego para que nos localicen. Con tu pistola «Láser» sería fácil incendiar un árbol.

—¿Y hacer peligrar la jungla con el incendio?

—Con el agua que hay aquí, no creo que el incendio durara ni cinco minutos. Todo está muy verde y rebosante de agua.

—En ese caso, podemos llamar la atención de los nuestros quemando un árbol.

—También llamaríamos la atención de nuestros enemigos y eso es peligroso.

—Tu mandas, Clemans. Eres el jefe y yo obedezco.

—Por la colocación del sol de este sistema planetario y recordando cómo se halla nuestra nave, creo que la dirección buena es hacia el Oriente.

—Esperemos que aciertes.

Clemans comenzó a buscar una sólida liana que garantizara cierta

seguridad. Los gruesos bejucos pendían de lo alto de los árboles.

—Vamos, Katievna, ésta nos permitirá volar en la dirección que deseamos. Al llegar a aquel árbol, tomaremos otra y así sucesivamente.

Katievna miró preocupada las aguas pantanosas que quedaban bajo ellos, a la suficiente profundidad como para causar desasosiego en su estómago.

—Pues yo no me siento Tarzán.

—Cógete bien a la liana. Yo me colocaré tras de ti y te agarraré.

Con cierto recelo, la mujer se asió al bejuco. Clemans se situó tras ella al tiempo que la sujetaba con su brazo.

Katievna sintió un estremecimiento. Clemans lo captó y preguntó:

—¿Tienes frío?

—No, es un poco de miedo…

Se sintió agradablemente al notarse apresada por el hombre. Luego, un impulso y ya no hubo seguridad bajo sus pies.

Las gruesas ramas que les habían servido para pasar la noche quedaron atrás mientras volaban entre los gigantescos árboles como dos simios más, como el legendario Tarzán.

—Ya hemos conseguido pasar al primer árbol, aunque hemos descendido algunos pies — observó Clemans.

—Menos mal que estamos aquí y no abajo, chapoteando en el barro. Me inspira terror pensar que puedo ser absorbida por una ciénaga.

—Se perdería mucho si eso ocurriera. Eres muy bella, Katievna — le dijo rozándole las mejillas con sus labios.

—Creo que si tengo algo de frío —dijo ella estremeciéndose nuevamente. Otra liana les trasladó al siguiente árbol y así saltaron en varias ocasiones cuando de repente. Katievna, que ya no cerraba los ojos al verse volando por el aire como un bosquimano, descubrió al enemigo.

—¡Clemans, un robot!

Ya era tarde. El robot les había descubierto a su vez y disparó su mortífero «Láser».

En la penumbra de aquella lujuriante selva, la luz «Láser» del robot fue vivísima y de no haber estado volando, materialmente suspendidos del bejuco, les habría alcanzado de lleno, aunque sí cortó la liana.

Al fallarles el sostén, se precipitaron hacia abajo y hacia delante, ya que llevaban el impulso, pero gracias a que en cada traslación del árbol habían descendido un tanto, rodaron por el suelo ahora blando pero ya sin barro, pues habían llegado al final del pantano.

Clemans protegió con su propio cuerpo el de la mujer para que ésta no sufriera rotura de huesos en la caída. Al fin quedaron quietos y juntos, pegados sus rostros.

—¿Te duele algo?

—No, creo que no me he roto nada —repuso Katievna.

Sin pensarlo, con naturalidad, alzó sus labios y besó fugazmente los del hombre.

—Ahora que empezamos a entendernos, será cuestión de no dejarnos exterminar.

—Oigo ruido, Clemans. Creo que el robot viene buscándonos.

—Seguramente para rematar su obra.

—¿Lograremos huir?

—Pueden haber más robots cubriendo esta zona. Debemos estar cerca de su nave.

—¿Qué haremos?

—Destruirlo. Es mejor que sepan que les podemos.

—Tu lanzamicromisiles ha quedado allá lejos.

—Sí, lo he soltado entre aquellas grandes hojas para no fracturarnos ningún hueso por su culpa en la caída.

—¡Clemans, el robot ya está ahí!

—Cuidado, agáchate tras el árbol. El no nos ha visto pero nos está buscando.

En efecto, el robot, aparentemente invulnerable, con gruesas corazas de metal de aleación desconocida, seguía avanzando, aplastando a su paso plantas de oscuro verdor.

—¿Le disparo con el «Láser»?

—Las placas de su armazón son muy brillantes, habría que acertarle muy bien y quizá esos posibles puntos vulnerables de sus coyunturas no sean vitales. Ignoramos cómo han sido construidos.

—¿Y qué haremos? Terminara descubriéndonos, llevara sensores de infrarrojos.

—Tras el árbol puedes estar protegida. Yo iré en busca del lanzamicromisiles.

Katievna, angustiada, le cogió por la mano tratando de retenerlo.

—¡No, te matara!

—Debo conseguirlo.

Se soltó de ella, los dedos femeninos quedaron crispados en el aire. Clemans se alejó rastreando, buscando protección entre la abundancia de plantas de las más variadas especies.

Para ir en busca de su lanzamicromisiles se acercaba cada vez más al robot enemigo que seguía avanzando implacable.

Clemans, arriesgándose a ser descubierto en cualquier instante y en ese caso, sin posibilidad alguna de defenderse, ya que sería abatido por el «Láser» del robot, siguió su avance hasta que sus dedos consiguieron aprisionar el lanzamicromisiles.

Con la respiración en suspenso, apuntó hacia el robot en el instante mismo en que el ojo electrónico del monstruo metálico le descubría. Disparó antes de que consiguiera hacerlo él.

El micromisil cruzó el pequeño espacio que les separaba al tiempo que Clemans se aplastaba contra el suelo para evitar ser alcanzado por la metralla en que iba a convertirse el cuerpo del robot.

Katievna se pegó también contra el árbol y sintió una angustia brutal dentro de ella temiendo ya lo inevitable. La situación era desesperada.

CAPITULO IX

Dentro de la «Urano X-5», la vigilancia era escasa y la tensión por el no regreso de los ausentes, nula.

La fiesta en la videoteca había durado durante toda la noche. El teniente Novell había reducido el personal de servicio al mínimo considerando que estaban seguros, y de la enfermería de a bordo habían desaparecido el alcohol, el éter etílico, el cloroformo e incluso las drogas euforizantes que se llevaban por si se daba el caso de que algún miembro de la tripulación entrara en una depresión crónica.

Las cerraduras de los botiquines habían sido saltadas y todos aquellos fármacos, utilizables como medicamentos, habían sido mezclados con las bebidas por tres de las chicas que componían el grupo de las misses.

La tripulación, ignorante de lo que tomaba, bebió el alcohol mezclado al éter, el cloroformo y las drogas, provocando un caos en la videoteca que se llenó de bailes electrizantes.

Comenzó la degradación, ya que podían verse ebrios o dormidos a los miembros de la tripulación junto a chicas que reían, atontadas también por lo que habían ingerido.

Erika, una de las causantes de aquel caos, se acercó al teniente Novell, comandante interino de la nave en ausencia de Clemans, ofreciéndole bebida y también sus caricias.

—Querido, ¿abrirás la puerta para que salgamos?

—No, afuera está la muerte. Ahora voy al puente a ver qué mensaje tenemos de la Tierra.

—Te acompaño.

Un tanto tambaleantes pasaron por encima de algunos cuerpos durmientes.

La fatiga también había hecho presa en ellos, ya que se había descuidado el control de gravedad dentro de la «Urano X-5».

Llegaron al puente. Allí sólo quedaba el teniente Collarini, el encargado de la telecomunicación.

—Hola, teniente. ¿Qué hay de nuevo?

Collarini le miró extrañado. Novell no caminaba muy seguro y Erika, la explosiva belleza, iba materialmente colgada de él.

—Tengo un mensaje.

—Léalo, a ver qué dice.

—«Recibida toda la información sobre posición planeta ignorado. Felicitación por rescate misses *charter*. Regresen a la base marciana. Ya hemos enviado a cinco naves armadas para proteger el perímetro de nuestro sistema planetario.»

Con la voz algo estropajosa, el teniente Novell rezongó:

—Si ya lo decía yo, pero el capitán Clemans se empeñó en que viniéramos tras esos alienígenas.

—El capitán es el comandante de la nave y tiene facultades para decidir —puntualizó el teniente Collarini.

—Facultades, facultades... Es un temerario al que le gusta

arriesgar la vida de todos, menos mal que en esta ocasión sólo ha sido él el perjudicado.

—Teniente, con todos los respetos, le recomiendo una buena ducha fría.

—¿Cómo se atreve?

—Somos de igual graduación —le recordó Collarini.

—Pero yo soy más veterano, el segundo de a bordo y ahora el comandante.

—Así me gusta, Novell, que te hagas respetar —le aplaudió Erika riéndose.

—Creo que al capitán Clemans no va a gustarle lo que va a encontrar aquí.

—El ya no volverá, ha ido a suicidarse. Dígame, ¿ha recibido noticias suyas?

—No, todavía no.

—Llevan ya muchas horas en silencio, eso es que han muerto.

—Si eso cree, debemos iniciar su búsqueda y rescate.

—¿Búsqueda, rescate, está loco, Collarini? Ni pensarlo, sería mandar a la muerte a otro grupo de hombres. Lo que debemos hacer es regresar a la base de Marte tal como se nos ha ordenado.

—La orden no es de regreso inmediato y, como indica el reglamento, está supeditada a lo que indica el comandante de la nave, único responsable de la misma.

—No es necesario que me recuerde el reglamento, Collarini. Yo soy ahora el comandante y quien decide si estamos en peligro o no, si debemos obedecer o no las indicaciones de la Tierra y si hemos de despegar de este desconocido planeta antes de ser destruidos.

—No estará pensando en abandonar al grupo a su suerte, ¿verdad? Están vivos.

—¿Cómo lo sabe? ¿Acaso los ha visto, le han hablado?

—No, pero...

—No hay peros.

—Si tuviera al personal adecuado de servicio, quizá sabríamos más cosas. Me parece absurdo que haya desconectado los sensores, absurdo y peligroso, porque si esos extraños avanzan hacia nosotros no los detectaremos.

—La tripulación precisaba descanso y diversión. Ya estamos hartos de recibir órdenes del invulnerable e infalible capitán

Clemans. Pronto, toda la tripulación me preferirá a mí al capitán Clemans.

—¿Es eso lo que busca en el informe general, teniente Novell, que la tripulación le escoja a usted y se recomiende el traslado del capitán Clemans a una nave de categoría inferior?

—Collarini, es usted muy sagaz, pero será preferible que se muerda la lengua. Tengo muchas influencias y podría hacerlo degradar. Ahora, escúcheme. Le daremos dos horas para que regrese por sus propios medios. Si no lo consigue, despegaremos y ya puede enviar este mensaje a la Tierra. Dígales que dentro de dos horas partiremos con las misses rescatadas y algunas pérdidas debido a la temeridad y obcecación del capitán Clemans.

—No ratificaré ese informe, teniente Novell, todo lo contrario. Si da la orden de abandonar este planeta sin intentar el rescate del capitán Clemans, le acusaré a usted de su desaparición.

—Está borracho, Collarini, y por responderme en la forma que lo ha hecho, queda arrestado. Pase directamente a su camarote.

—¿Arrestado? No es posible, si yo abandono el puente no quedará aquí nadie al mando de la telecomunicación y usted está...

—¿Se atreve a decir que estoy mal?

—Te ha llamado borracho, querido —siseó Erika también trastornada por las aberrantes combinaciones bebestibles que ella misma había ayudado a preparar.

—Si no obedece mi orden, lo consideraré como rebelión y será juzgado en consecuencia, teniente Collarini.

El teniente Collarini abandonó el puesto de telecomunicación y acercándose al teniente Novell, gruñó:

—Toda la responsabilidad de lo que ocurra aquí es suya, Novell.

—Informaré sobre su rebeldía, Collarini.

—Pues informe también sobre esto.

Le propinó un puñetazo que lo lanzó de espaldas contra el piso.

El teniente Novell, que portaba una pistola «Láser» en su cinturón, la desenfundó. Erika gritó histérica y el teniente Novell disparó.

* * *

El robot estalló en mil pedazos al incrustarse en él el micromisil

perforante.

—Ya puedes salir, Katievna, éste ya está listo.

La joven había visto la llamarada y las miríadas de esquirlas que se habían repartido en derredor, perforando hojas y derribando arbustos, incrustándose incluso en los troncos de aquellos árboles que contenían gran cantidad de agua.

—¡Oh, Clemans, por un momento temí que fuera a matarte!

El hombre la estrechó entre sus brazos y notó que, poco a poco, dejaba de ser aquella oficial intransigente y altanera para convertirse en una mujer sensible, capaz de expresar sentimientos naturales.

Al mismo tiempo, Clemans comprendió que desde que subiera a la nave había comenzado a amarla, aun sin darse cuenta. Había admirado su inteligencia y ahora ya podía admirar su cuerpo que con tanto empeño había ocultado bajo el austero uniforme.

—Parece que hemos escogido el camino bastante bien.

—¿Crees que estamos cerca de nuestra nave?

—Supongo que el robot no se habrá alejado mucho de la suya. Esperemos también que no tengan muchos robots, en cualquier momento podemos toparnos con otro.

—Tú los vencerás.

—Ámame, pero no me creas omnipotente, sería un error por tu parte y los errores, cuando se lucha, se pagan caros. Ahora, vamos.

La cogió de la mano y tiró de ella. Katievna lo siguió con la sensación de seguridad que le daba su presencia.

—Por aquí vuelve a haber barro.

—Recuerdo que anoche pasamos por un barrizal.

—Sí, pero con la tormenta quizá haya cambiado todo.

—Es posible. Allá veo algo que brilla.

—¿Qué puede ser, otro robot?

—No lo sé, acerquémonos.

Medio flotando en aguas cenagosas, descubrieron un cuerpo humano.

—¡Es uno de los nuestros!

—Es Andy —concretó Clemans.

—Le ha caído toda la lluvia encima y nadie lo ha recogido.

—Creo que los demás no estaban para recoger su cuerpo, deberían correr peligro y además habíamos desaparecido nosotros.

—¿Y dónde estarán ahora?

—Quizá hayan regresado a la nave, pronto lo sabremos.

—¿Cómo? — preguntó un tanto desconcertada.

—Andy está ahí, flotando, y lleva el casco puesto. En él va incluido el transmisor que es totalmente impermeable.

—Entonces, podremos ponernos en contacto con nuestra nave y será nuestra salvación.

—Eso espero. Primero, tendré que llenarme de barro para acercarme a Andy.

—Qué lástima, después de lo que te has preocupado por secar la ropa —dijo no exenta de picardía.

—Guarda el lanzamicromisiles.

Katievna tomó el arma entre sus manos mientras Clemans avanzaba por el agua cenagosa hacia Andy que flotaba sobre ella, boca arriba, emergiendo apenas.

Cada vez le era más difícil caminar. El lodo semejaba tirar de sus botas hasta que, de pronto, se percató de que cedía bajo sus pies.

Quiso retroceder, pero no pudo y comenzó a inquietarse. Al intentar avanzar, se hundió por encima de las rodillas.

—¡Katievna!

—¿Qué ocurre?

—No te pongas nerviosa, pero apresúrate a darme una liana, me estoy hundiendo.

La mujer quiso coger una liana, pero su fuerza resultaba escasa para cortarla.

Clemans, que se hundía paulatinamente, gritó:

—¡Córtala con tu pistola «Láser»!

Cortó el bejuco como le indicaban y luego trató de lanzarlo hacia Clemans, pero los dedos de éste sólo apresaron el aire en dos ocasiones.

—A ver si ahora puedo cogerla —gruñó, hundido hasta la cintura.

Se agarró con fuerza y comenzó a trepar por la liana, escapando del lodazal que pretendía engullirlo.

—¡Cuidado, Clemans, sal de ahí, puedes caer de nuevo!

—Tengo que coger el casco de Andy.

Comenzó a impulsarse por encima del agua, cogido a la liana. Oscilando, consiguió acercarse a Andy hasta pasar por encima de su

cadáver.

En uno de los movimientos, bajó su diestra en forma de garfio mientras se agarraba fuertemente con la zurda a la liana.

Logró asir el casco que estuvo a punto de caer y sumergirse en el pantano, desapareciendo para siempre.

—¡Lo has conseguido, Clemans!

Siguiendo el impulso, logró salir de las traidoras aguas que se habían convertido en una trampa letal para quien tratara de acercarse a ellas.

—¡Por fin, qué miedo me has hecho pasar!

—Lo siento, Katievna, creo que ambos ya nos amamos.

La asió por los cabellos con suavidad y la atrajo hacia sí. La besó y ella correspondió.

—No creas que porque te ame vaya a ser tu esclava.

—Creí que eso lo tenía que decir yo, Katievna.

Ambos rieron levemente. La cercana presencia del compañero muerto no les dejaba gozar de su recién declarado amor.

—Llama a la nave.

—Sí, en seguida.

Se colocó el casco y trató de establecer contacto con la nave, pero todo fue inútil.

—No responden —dijo desconcertado.

—¿Se habrá estropeado al pasar el casco tantas horas dentro de las aguas cenagosas?

—Está sucio pero no lo creo, no puede estar roto. Es como si no hubiera nadie para receptar el mensaje, lo que me parece ilógico.

—No se habrán marchado, ¿verdad?

—¿Dejándonos aquí perdidos? — preguntó ceñudo.

Ella le miró con angustia.

—¿Existe esa posibilidad?

—No pienses en ella, Katievna. Aunque nos hubieran dado por muertos, buscarían nuestros cadáveres para la confirmación.

—Hallar unos cadáveres en esta espesa jungla es casi una utopía.

—Es cierto, pero de haber despegado la «Urano X-5» la habríamos oído. Hace ruido, aunque las hojas no nos la hubieran permitido ver.

—Yo he estado dormida muchas horas.

—Yo no, Katievna, vigilaba por ti.

—¿No has cerrado los ojos ni un solo momento?

—Ni un solo instante, puedo jurártelo. Estaba demasiado interesado en observar cómo dormías.

Ella se sonrojó suavemente.

—Intenta comunicarte de nuevo.

—Es inútil. Esperemos, quizá tengan el telecomunicador cerrado por algún motivo.

—¿Pueden haber sido atacados por esa luz letífera de que disponen esos seres a los que perseguimos?

—No pensemos en lo peor, Katievna, tengamos esperanza. Ahora, rodearemos esta ciénaga y seguiremos adelante. Nada podemos hacer con el cadáver de Andy.

Lo devorarán las alimañas.

—No.

Clemans apuntó al cadáver con su lanzamicromisiles y disparó uno de ellos que se incrustó en el cuerpo del fallecido.

Ya dentro de él, estalló desintegrándolo, casi disolviéndolo en el agua de la ciénaga que se elevó en una columna. Luego, todo volvió a quedar manso; los restos habían desaparecido.

—Que Dios te acoja en su seno, Andy.

Tras aquellas palabras, Clemans pasó su mano por la espalda de Katievna y juntos comenzaron a caminar, alejándose de aquel lugar.

Avanzaron por la jungla Era como dar vueltas en un desconcertante laberinto.

Encima de ellos, una bóveda de follaje por la que volaban aves prensoras en medio de gritos y simios de diversos tamaños que semejaban volar emitiendo histéricos chillidos.

—Me da la impresión de que hay ojos que nos observan —dijo el hombre.

—¿Ojos, de quién?

—No lo sé. Es mi sexto sentido, en realidad no veo a nadie. En medio de esta espesura pueden espiarnos docenas de ojos sin que les descubramos.

—Si son esos pitecántropos, tendremos que ir con cuidado, son muy violentos.

—Sí, y supongo que tu cabello negro les atraerá irresistiblemente. Ellos son todos pardos.

—No digas tonterías, Clemans.

—¿Tonterías? Si no llego a tiempo, aquel que intentó

secuestrarte, ahora...

—Por favor, no continúes.

—Eres muy bella y si hay que luchar, lo haré por ti, te lo aseguro.

—No somos animalitos. Clemans.

—En esta selva, como si lo fuéramos. No creo que ninguno de esos fornidos bosquimanos se aviniera al diálogo. Ellos no deben preguntar a sus hembras si aceptan casarse con ellos o no, las deben tomar y se acabó.

—Menos mal que somos más racionales y las mujeres tenemos nuestros derechos —suspiró la joven.

—Alto, Katievna.

La mujer se volvió ligeramente, clavando sus inmensos ojos azules en el rostro del hombre.

—¿Qué sucede?

—Está ahí.

—¿Ahí, el qué?

—La nave fugitiva, la nave de donde han salido esos robots exterminadores.

Katievna se puso de puntillas y, alzando la cabeza, consiguió verla. Sintió un miedo profundo al hallarse frente al enemigo y prácticamente indefensos.

CAPITULO X

La nave ovoide que les atacara en el espacio, la que había exterminado a la tripulación de la *charter*, la culpable de la muerte de Andy, estaba allí, al alcance de su vista, camuflada bajo el denso follaje de la lujuriante selva, aunque todavía les separaba una distancia considerable.

—Es algo más pequeña que la «Urano».

—Sí, pero muy peligrosa y deberemos andar con cuidado. Pueden haber más robots de vigilancia por esta zona.

—¿Crees que permanecerá aquí mucho tiempo?

—Posiblemente. De no tener esa intención, hubiera recogido a sus robots, en cambio los ha soltado como perros vigilantes.

—A estas horas, ¿sabrán que estamos cerca?

—Sin duda, Katievna. Ellos habrán captado la destrucción de sus robots y estarán alerta, por ello debemos andarnos con cuidado. Pueden tener a bordo detectores especiales que nos localicen.

—Si supiéramos donde está nuestra nave…

—Este maldito casco parece que no funciona, no logro conectar con nadie.

—Podría tratarse de una interferencia debida a la proximidad de la nave enemiga.

—Quizá.

—Lástima que no podamos avisar a nuestra nave de que está ahí la enemiga. Podrían tratar de destruirla.

—No sería fácil. Esta nave parece que es de guerra, de invasión y no de simple exploración.

—Sin embargo, nos teme.

—Toma sus precauciones. En realidad, se ha topado con nosotros como si fuéramos un hueso duro de roer y estarán buscando la forma de derrotarnos. Hallándola, conocerán el medio para atacar al resto de las naves terrestres y la invasión les será más fácil.

—Lo que quiere decir que si nos vencen a nosotros, vencerán a toda nuestra civilización.

—Es posible que ellos piensen así. Somos los representantes del enemigo.

—Entonces, no podemos dejarnos vencer, sería catastrófico.

—Voy a acercarme a esa nave para observarla mejor. Quizá vea un punto débil. Tú quédate aquí.

—Si tú vas, yo te sigo. ¿Acaso prefieres que un ser primitivo de ésos me rapte?

—No, eso no. Ahora que te conozco mejor, no voy a permitir que otro se te lleve. Tú eres una mujer que no te acostumbrarías a la rudeza de esos pitecántropos.

—Tú también eres rudo, Clemans, pero me gustas. Las mujeres somos muy tontas. Luchamos por venceros y terminamos claudicando.

—No siempre.

—Si se ama, sí.

—Hay muchas mujeres que después de la boda comienzan a marchitar su amor y reverdecen sus seudoderechos tornándose más y más molestas.

—Tú no dejarás que mi amor por ti se marchite, ¿verdad?

—Sabiendo lo que me espera si eso sucede, creo que no —dijo irónico Clemans—. Ahora, vamos a acercarnos a la nave con cuidado, porque pueden atacarnos en cualquier instante pese a que parece totalmente inmóvil, sin ruidos, sin nada que delate vida.

Siempre ocultándose tras los gruesos árboles, entre las plantas, como si fueran dos animales más de la intrincada jungla, se aproximaron a la nave ovoide.

De recibir la luz de la estrella madre de aquel sistema planetario, habría brillado cegadoramente pero allí, en medio de la penumbra, aparecía blanca, limpia, incorrosible en medio de una selva que todo lo corrompía.

—Quieta, fíjate ahí.

—No veo nada.

—Como a veinte yardas del borde de la nave.

—Hay algo tendido en el suelo.

—Son simios muertos, parecen quemados.

—No entiendo. ¿Los habrán exterminado ellos?

—Supongo que a esas diez yardas alrededor de la nave, todo está muerto. Cualquier animal o ser vivo que haya querido acercarse habrá sucumbido.

—¿Un campo de protección?

—Sí, un campo mortal. Esos pequeños simios habrán pretendido saltar hacia la nave y han encontrado la muerte al penetrar en el campo magnético que la rodea como una muralla de protección.

—Y esa muralla, ¿ha sido capaz de contener nuestro cañón «Láser»?

—Aunque sea invisible, al parecer reverbera el rayo láser. Supongo que tendrán muy bien estudiado ese campo magnético para defenderse.

—Entonces, ¿son totalmente inatacables?

—Sigo pensando que todo tiene su punto débil, su lugar vulnerable, su talón de Aquiles.

—¿Y cuál será el de esta nave?

—Voy a hacer una prueba.

—¿Qué prueba?
—Le dispararé un micromisil.
—Nos descubrirán y nos atacarán.
—Es posible. Será mejor que te alejes, tras el disparo quizá venga la réplica.
—No, no me marcho. Quiero estar cerca de ti, pase lo que pase.
—En ese caso, dame un beso, puede ser el último.
Se estrecharon y besaron. El miedo que sentía Katievna desapareció ante la tranquilidad, la seguridad que Clemans, tenía en sí mismo y que le transmitió en aquel abrazo.
—¿Más tranquila?
Ella asintió con la cabeza.
—Un poco.
—Colócate tras ese grueso árbol. Voy a ver qué es lo que sucede con ese campo de fuerza que rodea y protege la nave enemiga.
Apuntó hacia la nave ovoide con su lanzamicromisiles, ya que el láser de nada servía allí y disparó.
El pequeño pero efectivo proyectil autopropulsado voló hacia la nave. Al llegar al campo de fuerza, se desintegró sin conseguir traspasarlo. Una llamarada blanca y luego, nada. La nave seguía quieta e invulnerable.
Katievna pudo ver en el rostro de Clemans el disgusto que éste sentía.
—Será mejor que nos alejemos antes de que nos hagan la réplica.
Corrieron entre las grandes hojas, escapando a un posible ataque de la gran nave ovoide, situada en un terreno ligeramente más alto que el que los circundaba, pero más baja a su vez que la propia «Urano X-5».
—¡Capitán!
Se detuvieron en su carrera y entre las grandes hojas vieron avanzar varios cascos.
—¡Es nuestro grupo! —exclamó Clemans.
—Menos mal. Ellos sabrán la forma de regresar a nuestra nave.
Aguardaron a que se les acercaran. Allí estaba el teniente Takeo, el sargento Lumba y los astronautas Ramírez y Giraud.
—¡Capitán, les dábamos ya por perdidos!
—Pasamos la noche sobre un árbol, escapando a la lluvia.
—Fue una tormenta violentísima —asintió el sargento Lumba.

—¿Cómo es que no nos hemos podido intercomunicar con los cascos? — preguntó Katievna.

—A nosotros tampoco nos han funcionado los transmisores. Quizá exista una interferencia intencionada de esa nave extraña — dijo el teniente Takeo.

—¿También la han descubierto? —preguntó Clemans.

—Sí. Nos hemos acercado, y al ver animales muertos, hemos supuesto que había un campo de fuerza mortífero.

Katievna ratificó:

—Nosotros también los hemos visto. El capitán ha lanzado un micromisil y éste no ha conseguido rebasar el campo de fuerza.

—Son invulnerables —dijo el sargento negro.

—Nadie es invulnerable —corrigió Clemans—, nadie excepto Dios.

—¿Cómo piensa destruir la nave?

—Habrá algún medio.

—Nosotros —comenzó a decir el teniente Takeo— hemos querido dar su posición a nuestra nave, pero no hemos conseguido enviar alguna o quizá es que nadie responde desde la «Urano».

—Ya que no podemos transmitir a nuestra nave la posición del enemigo, lo haremos de viva voz.

—¿Regresamos? — inquirió el teniente Takeo.

—Sí. Supongo que no han perdido ustedes la orientación, ¿verdad?

—No, sabemos volver perfectamente. ¿Acaso usted no?

—Después de la pelea con el pitecántropo perdí la orientación.

—No habrá problemas en regresar a la nave.

—Entonces, no perdamos tiempo y emprendamos la marcha. Estarán impacientes por lo que pueda habernos ocurrido.

El grupo empezó a caminar en dirección a la «Urano X-5», alejándose más y más de la nave enemiga a la que ya comenzaban a tener como inatacable.

El avance a través de la jungla se hizo a paso rápido, atravesando terrenos más o menos secos y otros con barrizales, pero evitando las concentraciones de agua que podían ocultar trampas mortales.

Clemans había calculado la posición de la nave extraña y pese a seguir andando, no se desorientaba.

Katievna caminaba junto a él, ya fatigada. El teniente Takeo, con

paso quizá más rápido de lo normal, abría la marcha.

Al fin, la mujer suspiró al divisar la «Urano X-5».

—Ya estamos —dijo el teniente Takeo—. Es muy raro que nadie responda.

—Pronto veremos lo que sucede.

Clemans se acercó a la puerta y pulsó el avisador.

Tardó pero al fin se abrió la entrada, apareciendo uno de los astronautas.

—¡Capitán, les dábamos por muertos!

—¿Qué es lo que ocurre, Sullivan? ¿Por qué nadie responde a la telecomunicación?

—El teniente Collarini está arrestado.

—¿Arrestado?

—Sí, ha tenido problemas con el teniente Novell. Me temo que no va a gustarle cómo encontrará la nave, capitán.

* * *

La mirada ámbar del capitán Clemans se ensombreció.

—¿Qué quiere decir, Sullivan?

—Esas chicas son unas brujas, capitán.

—No entiendo.

—Pues pronto lo entenderá. Hay mucha gente dormida, ebria y también drogada.

—¡No puedo creerlo!

—Invadieron la enfermería y sacaron de allí todo lo que podía mezclarse, con bebidas para hacer «petardos» y los hombres, después de tanto tiempo sin, bueno, ya me entiende.

—Adentro todos. Usted, avise de inmediato al teniente Novell. Quiero verlo en el puente de mando.

—En seguida, capitán. Por cierto, han tenido suerte de que el teniente Novell también se embriagara. Iba a disponer que regresáramos a la base de Marte sin buscarles a ustedes, al menos eso es lo que se comenta por la nave.

—Gracias por su informe, Sullivan. Busque al teniente. Novell de inmediato.

El grupo de regreso se internó en la nave. Clemans, colocándose tras ellos, indicó:

—Vamos al puente de mando.

—¿Qué les pasa? —preguntó Katievna desconcertada, observando

a los compañeros del grupo.

Clemans quitó la pistola «Láser» del cinturón de la joven al tiempo que le señalaba que avanzara hacia el puente.

Katievna quedó perpleja ante las huellas que quedaban en el piso de la nave. No eran iguales a las que ella y el propio capitán dejaban, y no podía comprenderlo, pues los compañeros usaban el mismo tipo de botines que ellos dos.

Al llegar al puente de mando, Clemans les encañonó con la pistola «Láser» ordenando:

—Quédense quietos los cuatro.

El teniente, el sargento negro y los dos astronautas le observaron desconcertados.

—¿Qué le ocurre, capitán, por qué nos apunta con su arma?

—Dejen despacio sus fusiles en el suelo. Al que cometa la primera tontería lo exterminaré.

—¿Se ha vuelto loco, capitán? —inquirió el sargento.

En aquellos momentos llegaba al puente de mando el teniente Novell, con los ojos enrojecidos y la preocupación en su rostro. Tras él venía el astronauta que le pasara el aviso.

Clemans apuntó a Ramírez y, sin vacilar, jaló el gatillo de la pistola «Láser».

Ante la sorpresa de todos, pues nadie comprendía lo que estaba ocurriendo, el rayo de la muerte brotó por el cañón, chocando contra el cuerpo de Ramírez que se puso incandescente.

Sus restos quedaron tendidos en el suelo carbonizados, despidiendo un olor acre que ofendía al olfato.

—Mataré al siguiente si no soy obedecido en el acto.

—Capitán, ¿qué ha hecho? ¡Ha matado a Ramírez! —gritó Novell temiendo que Clemans se hubiera vuelto loco y él fuera la siguiente víctima.

Sullivan tampoco comprendía aquella reacción de Clemans. Incluso, la propia Katievna dudaba.

—Seguiré exterminando si no soy obedecido. Usted, Sullivan, cójales los fusiles pero póngase a su espalda para no interferir en la línea de disparo.

Takeo, Lumba y Giraud fueron desarmados por detrás, quedando indefensos en apariencia.

—Teniente Novell, hágase cargo de la nave. El capitán Clemans

debe haber contraído algún tipo de fiebres y no es dueño de sus actos —exigió el teniente Takeo.

Vacilante, Novell dio un paso hacia Clemans, pero la actitud de éste, altamente amenazadora, le contuvo.

—Novell, tiene ya la cara hinchada, imagino que se debe al teniente Collarini a quien felicitaré personalmente. No se interponga si no quiere morir.

—¡Usted no tiene derecho de vida o muerte! —protestó Novell.

—Debemos ser juzgados — pidió el sargento Lumba.

—Ustedes no serán juzgados porque no son lo que aparentan. No son Takeo, Lumba ni Giraud.

—¿Quiénes somos entonces? — preguntó Takeo.

—Alienígenas. He empezado a dudar por la velocidad con que caminaban, por pequeños detalles, por el sexto sentido que me ha alertado, pero cuando ya dentro de la nave he visto que sus huellas no eran idénticas a las mías, he comprendido.

—Pero, ¿de qué habla? —inquirió el teniente Novell.

—Ellos son miembros de la nave enemiga. Deben haber matado en la noche a Giraud, Takeo, Lumba y Ramírez y han ocupado sus puestos tratando de engañarnos. Ante la invulnerabilidad exterior de nuestra nave ante sus armas, su misión consiste en introducirse y una vez aquí dentro, destruir la «Urano». Ya que no puede ser desde el exterior, que el aniquilamiento venga desde el interior.

Katievna, dubitativa, objetó:

—¿Y cómo pueden ser iguales a ellos?

—No son iguales, las huellas reales físicas que han dejado así lo demuestran. Ellos no son tal como los vemos, pero su poder mental es muy grande y no sé si capturando a nuestros compañeros o bien sacándolo de nuestros propios cerebros, toman la forma, es decir, nos hacen verlos tal como desean. Nos hacen pensar que son Takeo, Lumba y Giraud.

—Eso es una estupidez —gruñó el teniente Takeo.

Lumba añadió:

—Eso demuestra que se ha vuelto loco.

—Giraud, usted será el siguiente. Si no adoptan de inmediato su forma real, los exterminaré.

Se produjo una gran tensión.

Nadie podía dar crédito a lo que allí sucedía. El que pasaba por

perturbado, el capitán Clemans, parecía el más dueño de sus actos y era quien dominaba la situación.

El índice de Clemans, seguro de lo que hacía, jaló el gatillo.

Un nuevo disparo abatió a Giraud, carbonizándolo en medio de un gruñido.

Ante la sorpresa de todos y viendo cómo el cañón de la pistola «Láser» apuntaba ahora a Takeo y Lumba, éstos se transformaron en dos seres extraños que causaron horror a Katievna. Incluso, el teniente Novell dio un paso atrás.

Los dos alienígenas eran más bajos que los terrestres, de color verde negruzco y cabezas de batracio, aunque parecían emparentados con los insectos terrestres.

Se sostenían sobre cuatro largas patas retráctiles y dos brazos les brotaban casi a la altura de su grueso cuello. Sus ojos eran saltones, de tres pupilas cada uno e iris dorados.

—¡Son horribles! —exclamó el teniente Novell.

—Sullivan, avise al teniente Collarini para que venga inmediatamente a hacerse cargo de la telecomunicación y el radar.

—En seguida, capitán.

—Katievna, hazte cargo del radar y los sensores. ¿Sabes cómo funcionan?

—Sí, tengo una idea.

—Yo también me haré cargo de lo que sea... —dijo Novell vacilante.

—Lo siento, teniente Novell, usted queda arrestado. Tendrá que responder de todo lo ocurrido en la nave durante mi ausencia.

—¡Yo no tengo la culpa de que esas chicas...!

—Cierre la boca.

Uno de aquellos extraños dijo con jactancia:

—Están perdidos. No podrán nada contra nosotros, somos invulnerables.

Asustado, el teniente Novell replicó:

—¡El capitán puede matarlos, lo ha demostrado ya!

—A nosotros, sí, pero a nuestra nave no y vendrán más.

—¡Capitán, dos objetos voladores se acercan! —advirtió Katievna.

—Son nuestras naves hermanas —puntualizó el alienígena.

—¡Estamos perdidos. Clemans, perdidos! —gritó el teniente Novell.

CAPITULO XI

—Katievna, no los pierdas de vista. La potente arma que poseen nada puede hacernos mientras tengamos las ventanas cerradas.

—¡Les venceremos!

—Esta será una guerra de poder a poder, ya que aquí no existen términos medios y yo ya tengo mi plan.

Clemans se acercó al conmutador y encendió la pantalla gigante. Gracias a la telecámara pudieron ver cómo dos grandes naves ovoides se internaban en la jungla, hundiéndose entre el abundante follaje.

—Nosotros somos superiores, ya lo han visto. Sus hombres cayeron bajo nuestra poderosa luz letífera.

—Su luz no daña nuestra nave.

Desconcertado, el teniente Novell preguntó:

—Pero, ¿cómo se entienden?

—Somos superiores, captamos sus mentes y de ellas sacamos su propio idioma Tenemos poder mental para vencerles. Teniente Novell...

—¿Es a mí?

—Ataque al capitán Clemans —ordenó aquel extraño ser de tan horrendo y repulsivo aspecto.

El teniente Novell, asustadizo y vacilante, se transformó. Sus cabellos se erizaron, sus ojos se dilataron y sus mandíbulas se abrieron disponiéndose a atacar como si de una fiera se tratara.

—¡Cuidado. Clemans! —chilló Katievna.

En aquellos instantes, casi corriendo, entró el teniente Collarini, seguido del astronauta Sullivan.

El teniente Novell se lanzó sobre Clemans, pero éste lo rechazó de un patadón que le obligó a dar volteretas por el suelo.

De pronto, uno de los extraños saltó sobre el panel de mandos dispuesto a provocar algún destrozo mientras el otro fijaba sus grandes ojos en la nuca de Katievna, ordenando:

—¡Abra las ventanas!

La mujer, como un autómata, comenzó a obedecer.

Clemans comprendió que todo se estaba perdiendo, que aquellos dos seres lograrían sus propósitos si Katievna abría las ventanas.

Sin dudarlo un instante, disparó contra el extraño que se había

lanzado sobre el panel de mandos para deteriorar el sistema de gobernación de la «Urano X-5».

Se carbonizó antes de que consiguiese provocar un solo cortocircuito.

Después, cuando ya los protectores de hiperacer-plástico comenzaban a alzarse para dejar las ventanas de duro cristal al descubierto, Clemans disparó al otro alienígena, exterminándolo.

Muertos los dos extraños seres, Katievna y el teniente Novell recuperaron su propia personalidad, ya sin ser dominados mentalmente.

—¿Qué me ha ocurrido?

—¡Rápido, cierra las corazas! —ordenó Clemans.

Katievna vaciló un instante cuando ya disparaban la luz difusa pero letal desde las tres naves enemigas que habían tomado posiciones de ataque.

A través de la pantalla pudieron ver la luz cegadora que les inundó, pero que el casco de la «Urano X-5» rechazó sin que nada de su interior se perjudicara.

La coraza bajó a tiempo para evitar que la luz les dañara.

El teniente Novell miró los restos carbonizados de los cuatro alienígenas y quedó abatido.

—Creo que me he comportado como un estúpido.

El teniente Collarini asintió.

—Le advertí que estaba cometiendo muchas tonterías, Novell. Tendré que pasar mi informe al capitán Clemans sobre todo lo sucedido, incluso que me disparó y que de no haber estado ebrio me habría matado. Afortunadamente, erró el tiro.

—Teniente Novell, considérese arrestado, pero antes cumplirá una orden — le dijo Clemans.

—¿Qué orden, capitán? —preguntó ya desmoralizado.

—Que lleven a todas las misses al *habitat* grande y las encierren allí. No saldrán hasta ser entregadas en la base marciana. Allí, a las que corresponda, según los informes que usted y el teniente Collarini hagan, se les pedirán responsabilidades.

—Sí, las encerraré bien, ellas tienen la culpa de la degradación de la nave.

Se alejó cabizbajo mientras Clemans ordenaba:

—Usted, Sullivan, ayude a la teniente Katievna. Collarini, hágase

cargo del control de motores, vamos a darles batalla.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Katievna—. Tienen esos campos de fuerza que rechazan nuestro «Láser».

Clemans pulsó el botón que puso en marcha todos los avisadores de alarma y zafarrancho de combate en la nave interestelar.

— Espero que todo el personal no se halle ebrio y responda.

—A muchos sólo les quedará una fuerte jaqueca —observó el teniente Collarini.

Clavaron sus miradas en el panel de control de servicios. Estaban tensos. La nave, por su complicación, precisaba de un mínimo de veinte hombres en servicio, cuidando de sus puntos neurálgicos.

Comenzaron a encenderse tímidamente las primeras luces, cubriendo los puestos. Se mantuvieron expectantes hasta que, al fin, se completaron todos los pilotos.

—Es el momento de avanzar. Iremos a su encuentro.

—¿Cómo piensa atacarles, capitán? —preguntó el teniente Collarini.

—Con los misiles nucleares «A. H. Zirconio».

—Su campo de fuerza los rechazará.

—¡Atención, atención, almacén de proyectiles, responda!

—Aquí almacén de proyectiles, sargento Walter, señor.

Preparen para ser lanzados seis proyectiles «A. H. Zirconio» a los que darán cabezas perforantes. La computadora les indicará el grado de perfección.

Todos miraron interrogantes al capitán Clemans. Este pasó los datos a la computadora. Las cabezas perforantes debían horadar cuarenta yardas del suelo de aquel extraño planeta.

En la pantalla gigante pudieron ver la jungla que había sido arrasada por la luz letífera lanzada hacia ellos.

Sólo quedaban troncos de gruesos árboles, la desfoliación había sido completa y todo animal viviente que hubiera sido cazado en el área batida por la cegadora luz, había sucumbido.

—¡Atención, iniciamos el avance! —advirtió Clemans poniendo en marcha la nave.

La «Urano X-5» se elevó una docena de pies sobre el nivel del suelo y comenzó a avanzar en dirección a sus enemigos.

El cañón «Láser» disparó barriendo los troncos de los árboles gigantescos y ya sin vida que estorbaban su marcha.

Clemans conocía ya la dirección que debía seguir, pero de habérsele olvidado, aquel panorama de muerte y desolación le habría señalado el camino.

Al fin descubrieron a las tres naves que les esperaban en línea, formando un frente común.

Estaban rodeadas por los campos de fuerza, ya que un disparo de tanteo efectuado por Clemans fue reflejado de inmediato en medio de una gran luminosidad.

Los bosquimanos que habitaban en las cercanías no podían dar crédito a lo que ocurría. Les debía parecer una lucha entre dioses, un fin del mundo, La destrucción provocada por grandes monstruos metálicos desconocidos para ellos.

La nave terrestre se detuvo mientras recibía haces de luz que buscaban algún resquicio por el que introducirse.

—¡Proyectiles preparados!

—Rebotarán —se lamentó Katievna.

—No rebotarán. Voy a disparar los proyectiles contra el suelo y con sus cabezas perforantes se introducirán hasta situarse bajo cada una de las naves enemigas. Después, que Dios nos ayude. Lo que ellos tratan de comprobar ahora haciéndonos frente es si son resistentes e invulnerables a nuestro ataque. Posiblemente, si no logramos vencerles, ya no tendrán ningún temor y todo nuestro sistema planetario será invadido. Hay que demostrarles que podemos vencerles o nuestra civilización sufrirá el temor de la invasión de esos seres procedentes de lejanos e ignorados mundos, con ansias de conquista.

Sin vacilar, tras marcar los objetivos a los tres primeros misiles nucleares. Clemans fue pulsando los botones correspondientes.

Uno tras otro, los misiles brotaron de la panza de la «Urano X-5».

Chocaron contra el suelo blando, lo perforaron y desaparecieron bajo él ante el desconcierto de los alienígenas que no comprendían aquel ataque. Luego, estallaron.

El suelo se abrió como a consecuencia de una violenta y súbita erupción volcánica.

Los misiles nucleares, estallando a muy poca profundidad debajo de las naves, produjeron un poder de expansión tan brutal que las tres naves fueron lanzadas al aire como pelotas carentes de peso, perdiendo todo control.

Se agrietaron y resquebrajaron, chocando entre sí como piedras despedidas por un volcán.

Ya en el aire, medio destrozadas, otros tres misiles salieron en su búsqueda, desprovistos de cabezas perforantes, ya que las tres primeras habían dado el resultado apetecido.

Las tres naves estallaron en el aire, ya sin campo de fuerza. En medio de luces vivísimas, se desintegraron, esparciendo la muerte por donde caían.

Un trozo de la lujuriante selva se convertiría por siglos en un desierto, como recuerdo de aquella batalla entre naves interestelares de mundos opuestos.

—¡Clemans, les has vencido! —exclamó Katievna.

—Les hemos vencido —corrigió el hombre—. Somos los terrestres contra esos seres que trataban de invadirnos.

Pulsando un botón, las corazas de los grandes ventanales se abrieron ya sin temor, aunque la desolación les rodeaba.

—Collarini, iniciamos el regreso a casa a toda potencia de vuelo. Soy el capitán y yo mismo no puedo casarme con la teniente Katievna.

Katievna abandonó su asiento para acercarse a Clemans. Lo abrazó con fuerza. Había futuro para ellos.

El teniente Collarini se hizo cargo de la nave preparando el despegue mientras comentaba:

—No estaría mal que a este planeta le llamaran el planeta de las misses.

El planeta fue haciéndose pequeño, muy pequeño a sus ojos, mientras se alejaban de él, conjurando ya todo peligro de invasión.

F I N